

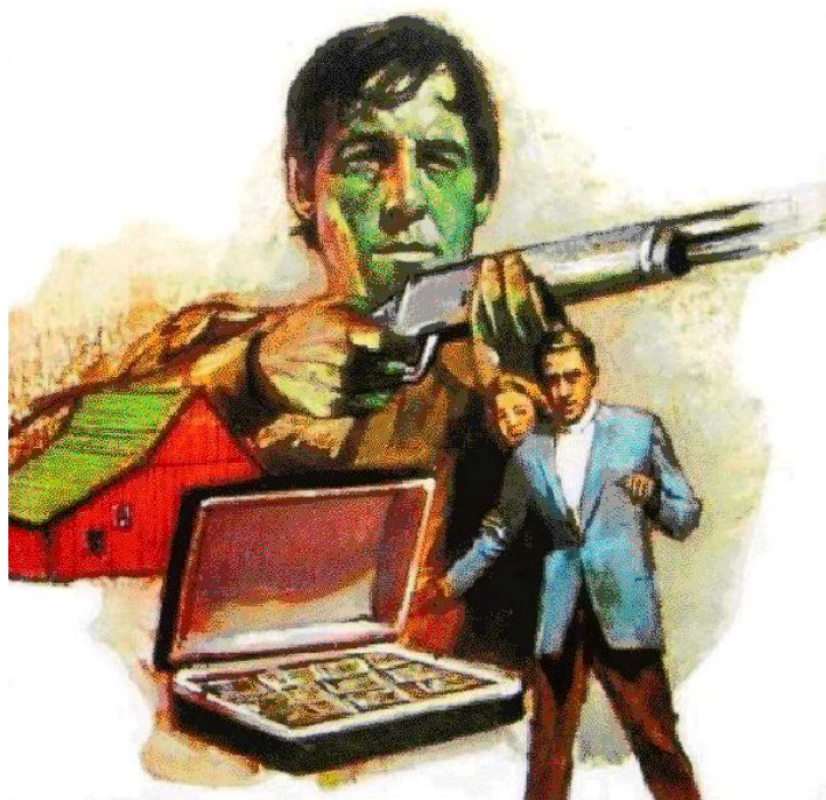
BOLSILLOS BRUJERÍA

PUNTO

ROJO

DINERO PARA EL DIABLO

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



KELLTON McINTIRE

DINERO PARA EL DIABLO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 790
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 16.740 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1977

© Kellton McIntire, 1977

texto

© Jorge Nuñez - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

707 — No valía la pena.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1398 — Esta misma noche, la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque

CAPÍTULO PRIMERO

A las dos de la madrugada, Jim Becket, el policía patrullero, pasó ante los escaparates de la joyería Fillmore & Pierce.

Becket encendió su linterna, inspeccionó los cierres de la puerta, y también los paneles metálicos, a prueba de ladrones, que protegían los escaparates.

Todo estaba en orden. Becket siguió adelante y desapareció en la próxima esquina. Tras de él sólo quedó el sordo rumor de sus pasos sobre la nieve que cubría las aceras.

Al otro lado de la calle, treinta metros más allá, había una furgoneta, estacionada junto a la acera de enfrente.

Les cristales de la parte posterior del vehículo estaban protegidos por cortinillas que velaban su interior, por lo que el policía, tras dirigirle un largo vistazo, se encogió de hombros y continuó su ronda.

Pero Becket no se hubiera sentido tan tranquilo de saber que tres hombres se ocultaban en el interior del furgón.

—Ya está —dijo el hombrecillo calvo, en un susurro—. Se fue.

—Entonces...

—No volverá hasta dentro de una hora. Tiempo suficiente para hacer nuestro trabajo.

—¿Qué esperamos?

—Vamos allá —respondió el calvo.

Encendió una linterna, abrió un pequeño maletín de cuero, y revisó su contenido.

A la luz amarillenta de la linterna brillaron las cromadas herramientas.

Había también una corta metralleta, de culata rebatible.

—Todo listo, muchachos —aprobó el hombrecillo—. Bajemos.

Pero el más corpulento de sus compañeros le retuvo por un

brazo.

—Un momento, Mark —dijo—. No me dijisteis que un policía venía a hacer la ronda cada hora. Y esa metralleta...

Mark se impacientó.

—¿Somos ladrones o hermanitas de la caridad? —exclamó, colérico—. Por otra parte, no habrá que utilizar la metralleta... excepto en caso de emergencia. Vamos, Will, ¿vas a volverle atrás ahora?

Will se agitó, inquieto.

—Estuve dos años en prisión, por herir a un hombre. Y os juro que aquello no me gustó nada —gruñó.

El tercer hombre se puso en pie bruscamente, y las planchas del lecho resonaron metálicamente.

—¿Estás loco? —siseó el calvo—. Vamos, agáchate, Clive.

Clive era negro, delgado y ágil como una pantera.

—Está bien —respondió—, pero la indecisión de Will me descompone. Hemos gastado mucho dinero en las herramientas, en esta furgoneta y en... pagar su «chivatazo» a *Caddie* Richards. ¡Y no pienso perder mi inversión!

—Calma, calma —rogó el hombrecillo—. Clive tiene toda la razón, Mark. ¿Has pensado en el botín? Cerca de un millón de dólares. Si todo sale bien, podrás disponer de más de trescientos mil dólares. Dinero suficiente para humillar a tu elegante y remilgada exesposa.

Will hinchó el pecho.

Si algún argumento podía valer para decidirle, era precisamente el que acababa de esgrimir Mark: su esposa, a la que el juez acababa de conceder el divorcio, apenas unas semanas atrás.

En la penumbra del interior de la furgoneta, se escuchó quedamente el rechinar de sus dientes.

—De acuerdo. Vamos —dijo.

Clive describió la cortina y miró afuera.

La nieve seguía cayendo sobre el pavimento, sobre los automóviles estacionados más allá. Enormes copos blandos se agitaban en remolinos y se amontonaban junto a los muros y en los rincones.

—Nadie —susurró.

Mark abrió el portón trasero. Ni un chirrido, ni el más leve

rumor.

—Perfecto —murmuró, volviéndose a sus compañeros—. La nieve cae tan densa que apenas se ve a treinta metros. Salgamos.

Bajaron.

Una corta y rápida carrera les llevó hasta la fachada de la joyería

Fillmore & Pierce.

Las huellas de sus zapatos quedaron marcadas sobre la capa de nieve de unos quince centímetros que cubría el pavimento. Will quedó inmóvil, mirando hacia atrás.

—No importa —le animó el hombrecillo calvo—. La nieve borraré esas huellas en diez minutos. ¡Empieza!

Will se inclinó, palpó el panel ondulado y buscó el cierre.

Lo encontró en seguida. Se trataba de un simple pasador con un candado, invisible para cualquiera que no estuviera arrojado de bruces sobre la nieve, como Will.

La distancia entre el panel y el muro forrado en mármol apenas permitía deslizar sus gruesos dedos, protegidos, además, por guantes de cuero.

Pero la delgada y resistente sierra de acero mordió el metal. Will era muy fuerte, y el pasador se rompió en pocos minutos. —Izadlo —susurró a sus compañeros.

Clive y Mark tiraron de la parte inferior, y el panel metálico se elevó poco más de un metro.

Al otro lado del cristal de la enorme luna fulgieron las gemas de las joyas.

—No pierdas el tiempo, Clive —rugió Mark, el calvo.

El negro aplicó una ventosa mecánica sobre el cristal, accionó la pequeña palanca que realizaba el vacío, y rápidamente trazó una circunferencia alrededor, con un diamante de cristalero.

Clive dio un tirón, y el círculo de vidrio se desprendió de la puerta acristalada.

Fue entonces cuando Will produjo aquel extraño murmullo con la garganta.

—¿Qué te pasa? —Gruñó Mark, que pasaba ya un brazo a través del hueco, y palpaba algo en la oscuridad.

—¡Mirad! —gimió Will.

Los destellos anaranjados de una luz intermitente brillaron a

través de los copos de nieve.

—¡Un coche patrulla! —murmuró Clive.

Mark asintió, aterrado.

Pero su mano derecha seguía trabajando junto al bastidor de acero de la puerta, que se abrió en aquel momento, con un chasquido.

—¡Adentro! —rugió el calvo. Y de un tirón, arrastró consigo a Will y a Clive.

De un brusco tirón, abatió el panel metálico, y los tres quedaron inmóviles envueltos por las tinieblas.

—¡Es inútil, absolutamente inútil! —exclamó Will, desesperado—. Aunque no hayan tenido tiempo de vernos, las huellas de nuestras pisadas sobre la acera nos delatarán.

Clive palpó un brazo de Mark en la oscuridad.

—Will tiene razón... ¡Esto es una trampa! ¡Van a atraparnos aquí dentro! ¡Hubiera sido mejor huir, cuando todavía estábamos a tiempo!

—Cerrad el pico —gruñó Mark.

Pero sabía que sus compinches tenían razón: estaban metidos en una absurda trampa. A través de la rendija que quedaba entre el cierre metálico y el mármol de la entrada, llegó perfectamente a sus oídos el chirrido de unos frenos.

—¡Dame la metralleta! —exigió Will, brusco.

Pero Mark se apartó de él, con el maletín en la mano.

—¿Para qué?

—No quiero volver a la prisión. Antes...

Clive le tapó la boca de un manotazo. Por la rendija inferior penetraba el resplandor de la luz intermitente del coche patrullero.

Y entonces escucharon aquella cancioncilla entonada por una voz gangosa y balbuciente. Mark se agachó en silencio, aplastó su rostro contra el frío mármol, y trató de ver lo que ocurría en la calle.

Retiró bruscamente la cabeza cuando alguien pisoteó la nieve sobre la acera, y algunos cristallitos de hielo mancharon sus pestañas.

Quedó rígido en el suelo, esperando de un instante a otro ver alzarse el cierre y aparecer a los policías.

Pero lo que tanto temía no ocurrió.

Quienquiera que fuese, se encontraba muy próximo a la puerta, y seguía canturreando con voz estropajosa aquella cancioncilla pegadiza.

Luego se oyeron pasos presurosos, y una voz fuerte exclamó:

—¡Es Tom Baffien, este maldito borrachín! Vamos, Tom, te llevaremos a casa. ¿Crees que es decente emborracharse una noche detrás de otra? ¡Ayúdame, Clark! El viejo está como una cuba.

Los pasos se alejaron, se oyó el zumbido de un escape, y los destellos anaranjados cesaron.

Pasaron dos largos minutos.

Al fin, Mark se incorporó sobre las rodillas, alzó el cierre un palmo, y miró hacia afuera, con ansiedad.

—¿Qué...? —exclamaron, a una, Clive y Will.

Mark hizo descender el cierre, cerró la puerta y encendió la linterna.

—Nada. Se han marchado —respondió.

Clive dejó escapar un suspiro de alivio.

—Hemos tenido suerte —murmuró—. Si no llega a ser por ese borracho, los del auto patrulla hubieran descubierto nuestras pisadas sobre la nieve y...

—Pero nada de eso ha sucedido —respondió el calvo—. Y ahora, manos a la obra. Hemos perdido casi un cuarto de hora, y tenemos que aprovechar bien el tiempo que nos queda.

—¿Qué hacemos con el vigilante? —preguntó Clive.

—Nada. El viejo Ponathan es sordo como una tapia, y tiene un sueño muy pesado, según dijo *Caddie* Richards. No se enterará de nada —respondió Mark.

CAPÍTULO II

Cliff Valerian encendió un nuevo cigarrillo con ademán nervioso, y volvió a pasear a lo largo del enorme vestíbulo del aeropuerto de Seattle.

Había desembarcado a las nueve de la mañana y cambiado su uniforme de teniente de «marines» por un cómodo pantalón de lana gris y un chaquetón de cuero crudo muy confortable, porque el brusco cambio desde Maui a Seattle exigía una radical renovación de su indumentaria.

Se sentía muy impaciente.

En condiciones normales, Cliff hubiera podido tomar a las once de la mañana el avión que le llevaría a Minneapolis.

Pero sobre el norte se abatía un crudo temporal de nieve, y las líneas aéreas se veían impotentes para realizar sus servicios con normalidad.

El vuelo se había ido retrasando una hora, dos lloras, tres... hasta las cuatro de la tarde.

«Y lo peor es que tampoco tengo seguridad de volar hoy mismo a Minneapolis», pensó.

En el vestíbulo, la temperatura era muy agradable. Centenares de personas, con aspecto aburrido o malhumorado, aguardaban como él.

Cliff se detuvo junto a los ventanales y miró hacia las pistas. Las máquinas quitanieves se afanaban en dejar libres las larguísimas pistas de aterrizaje.

Pero el cielo, color gris-plomo, y los torbellinos de nieve que recorrían el aeropuerto no dejaban mucho lugar a la esperan/a.

Por enésima vez, Valerian sacó la carta de un bolsillo interior, y dejó que sus ojos se llenasen con el armonioso dibujo de aquellas frases.

«Jamás conseguí olvidarte, Cliff. Y ahora, que soy libre...».

Volvió a guardarse el sobre en el bolsillo, y caminó unos pasos hasta el despacho de la empresa Avis.

¿Por qué no alquilar un automóvil sin conductor y emprender el viaje a Minneapolis...?

Sonrió, consciente de que llegar a Minneapolis en coche sería poco menos que imposible.

Desde Seattle a Minneapolis hay una distancia de más de dos mil ochocientos kilómetros.

Recorrer aquella distancia, a lo largo de carreteras nevadas, y bajo un temporal fortísimo, hubiera sido suicida.

Por otra parte, Valerian abrigaba la esperanza de que el tiempo cambiara, y los aviones volvieran a realizar regularmente sus vuelos.

Apagó el cigarrillo, aplastándolo con el pie, y bajó a la cafetería.

Pidió un *whisky* solo, y lo bebió a pequeños tragos, alternando con nerviosas chupadas a su cigarrillo.

La carta de Sheila —dentro del bolsillo— parecía abrasar su pecho.

—*Jamás conseguí olvidarte, Cliff. Jamás, jamás, jamás...* — repetía él, entre dientes, acariciando las palabras.

Todo iba bien. Las circunstancias influían positivamente para que aquélla fuese la más hermosa Navidad de los últimos tiempos.

Valerian había ido posponiendo su permiso anual, con el único fin de gozar de unas vacaciones navideñas en Minneapolis, junto a su viejo padre.

Y luego, poco antes de abandonar Maui y su base naval, había llegado la carta de Sheila.

Cliff tenía treinta y un años, y amaba tanto a Sheila como diez años atrás.

Pero entonces Sheila era una niña, y se había dolado deslumbrar por Jackman, un hombre de treinta años, corpulento, atlético, deportista y seguro de sí mismo.

«*Sufrí un tremendo desengaño* —decía ella, en su carta—. *Mi esposo no era el caballero que yo imaginaba. Bebía constantemente y estropeó, una tras otra, todas las ocasiones de convertirse en un hombre digno, que mi padre y yo misma le fuimos ofreciendo...*».

Cliff se marchó en cuanto supo que Sheila había casado. Su

carrera de ingeniero naval le hubiera abierto muchas puertas, pero él prefirió la Infantería de Marina.

Porque era la única vía que le permitiría vivir lejos y olvidar.

Había vivido lejos, muy lejos. Pero no había conseguido olvidar a Sheila London.

Y ahora...

«Necesito verte, Cliff. Te necesito desesperadamente. Me doy cuenta de que he estado engañándome a mí misma durante todos estos años. Si tú vinieras, si pudiéramos enderezar lo que se torció hace diez años...».

Cliff volvió a plegar cuidadosamente la carta, dejó un billete junto a la nota de su consumición y regresó al vestíbulo superior.

Consultó en el despacho de su compañía aérea, pero no obtuvo ninguna respuesta esperanzadora.

—No desespere, señor Valerian. Es posible que pueda partir antes del anochecer. Entretanto...

Pero Cliff sólo pensaba en Sheila, en su silueta grácil, menuda, en sus labios sensitivos, en sus ojos azules, en sus cabellos rubios.

Pensaba también en su padre, el humilde y sencillo Jonathan Valerian, que jamás había pasado de ser un vulgar empleado, pero que se había esforzado durante largos años de trabajo en educarle, en ofrecerle una formación superior y en hacer de Cliff un hombre que pudiera valerse por sí mismo.

El viejo saltaría de alegría en cuanto le viera, de ello estaba seguro. Y sus ojos brillarían, emocionados, cuando recibiese de sus manos las chucherías que su hijo solía traerle en cada viaje: cigarrillos exóticos, tabaco para pipas, alguna rara cachimba...

Pero Sheila. ¡Sheila!, próxima y accesible, deliciosa y entrañable, contaba mucho más en sus pensamientos.

Jackman la había ensañado. La había deslumbrado con su facha viril y brillante, con su medalla de oro olímpica, con su seguridad y su charlatanería, con su afición por los caballos y los galgos, con su falso aire de hombre de mundo.

Ya hora Sheila estaba herida, desilusionada y desesperada.

Lo más probable, Cliff, querido, hubiera sido que no me casase con él, a los pocos meses de conocerle, porque pronto, en cuanto me supo segura, comenzó a mostrarse tal cual es. Pero... El me dejó embarazada y no vi un camino mejor para arreglar la

situación. Hoy pienso de forma muy distinta. Sobre todo, si tengo en cuenta que mi hijo se malogró. El llegó una noche, borracho. Discutimos y... me golpeó. El niño nació muerto». Una mueca amarga se dibujó en el rostro curtido de Cliff Valerian.

¿Cómo era posible tanta brutalidad?

Conocía a Jackman, le conocía desde niño.

Era un muchacho travieso, inquieto, un tanto violento. Pero todo ello muy normal en un chico muy crecido para su edad, al que sus padres habían ofrecido excesiva libertad.

Es más: Jackman y Valerian habían sido amigos. Juntos habían formado las primeras bandas callejeras, habían asistido a los primeros bailes y al mismo gimnasio.

Habían sido amigos hasta que Jackman fue seleccionado para el equipo olímpico. Entonces, Cliff se fue alejando de él porque no podía aguantar su pedantería y su soberbia.

Cualquier hombre se hubiera sentido muy satisfecho con pasar a formar parte de la familia London, después de conseguir el primer premio: Sheila.

Jackman, al parecer, había fracasado estrepitosamente en todo. Y ello llevaba a otra deducción: en él, todo era pura fachada.

No había conseguido pasar la escuela secundaria. Tras su éxito en la olimpiada, Jackman se había abandonado a su triunfo, había aceptado algún dinero de una marca de material para deportes a cambio de vender su imagen y... se había hundido poco después, cuando la gente comenzó a olvidar sus triunfos olímpicos.

Hubiera sido fácil para él ocupar un cómodo puesto en cualquiera de los negocios del padre de Sheila, pero Jackman se había engrdeído y no aceptó otro trabajo que las reuniones mundanas, el *whisky* y las diversiones extraconyugales.

«Finalmente, comprendí que Jackman acabaría arruinando mi vida —confesaba Sheila, en su carta—. Sabía que él me era infiel continuamente, de modo que contraté los servicios de una agencia de detectives, y obtuve pruebas de sus infidelidades. No me pesa, Cliff, porque yo hacía tiempo que no le amaba. Por otra parte, mi esposo se comportaba conmigo como un rufián, violento y exigente. Ahora he conseguido el divorcio. Mi esposo me ha amenazado, pero no creo que deba prestar mucha atención a sus

amenazas. Soy libre, Cliff».

Valerian encendió otro cigarrillo.

Fuera, la escasa luz del día comenzaba a menguar. Pronto se haría de noche. Y la nieve seguía cayendo, implacable, empujada por el huracán.

Al pie del ventanal, con los ojos entornados, acarició la idea: ¿qué podía impedir ahora que Sheila y él se casasen, se uniesen para siempre?

Cliff estaba seguro de su amor por ella. Un amor que había triunfado contra tantos obstáculos, renunciaciones y soledades.

Sonrió, satisfecho.

—Van a ser las mejores Navidades de mi vida —murmuró.

Poco a poco se fue haciendo de noche.

Los altavoces comunicaban, de cuando en cuando, la arribada de algún avión que se había visto obligado a descender sobre Seattle, como consecuencia de la tempestad.

Cliff aguardaba, impaciente.

Si el tiempo, si la tempestad, no se hubieran puesto en contra suya, ahora mismo estaría ya en Minneapolis, en compañía de Sheila.

Podría tomar sus finas manos, acariciar sus cabellos y mejillas, como había soñado miles de veces desde las distantes islas Hawaii o a bordo de los barcos de la armada norteamericana.

Soñaba con besar los labios de Sheila, con estrujarla contra su corazón, con murmurar en su oído todas las apasionadas frases de amor que tantas veces había susurrado en la soledad de su camarote, a través de las aguas del océano Pacífico.

El anuncio de la compañía aérea, a través de los altavoces, le pilló de improviso, tan absorto en sus pensamientos se encontraba.

—¡Atención, atención...!

Cliff sólo comprendió el significado de aquella llamada, al oírla por tercera vez.

—Los pasajeros del vuelo setecientos diez. La compañía Trans-America Airways anuncia a los pasajeros con destino a Minneapolis...

¡Al fin! Las condiciones meteorológicas permitían el vuelo y el vestíbulo quedó rápidamente casi vacío.

Cliff recogió apresuradamente su maleta en el despacho de la

compañía y descendió en las escaleras metálicas hasta la puerta número cuatro.

—Minneapolis y Sheila están a un paso —se dijo, excitado y alegre.

CAPÍTULO III

—Las máscaras —dijo Mark.

Les tendió unos pedazos de medias de nylon, convenientemente atados por un extremo.

Mark y Clive se las ajustaron fácilmente en la cabeza. Pero Will tenía el cabello excesivamente largo y rizado y la malla de nylon le molestaba tanto, que finalmente se libró de ella.

—¡Al diablo! —Gruñó—. Nadie va a verme.

Siguió, silenciosamente, a Clive y al calvo, que habían traspasado las vitrinas de exhibición y avanzaban por el pasillo.

Al final, vieron una puerta, por debajo de la cual se escapaba una rendija de luz.

Mark apoyó su oreja en la puerta: unos ronquidos fragorosos llegaron nítidamente a su oído.

—El vigilante duerme. Sigamos adelante —advirtió.

Consultó un burdo croquis dibujado a lápiz y siguieron por la prolongación del pasillo, en dirección al despacho del gerente donde, según *Caddie* Richards, se guardaban las joyas más valiosas y el dinero correspondiente a las ventas de cinco días.

Sin embargo, ni el calvo y pequeño Mark ni sus dos compinches sabían entonces que el vigilante no estaba solo.

Había alguien más: un magnífico perro «boxer», de enorme alzada y músculos poderosos.

Al otro lado de la puerta, el vigilante seguía roncando ruidosamente. Pero el animal se alzó del suelo, junto al hombre, y olfateó, muy nervioso, a través de la rendija de la puerta.

Inmediatamente sus cortas orejas se erizaron y las ventanillas de su hocico se entreabrieron.

Bruscamente, el animal se lanzó contra la puerta e intentó accionar el cierre de manivela, pero el vigilante había echado la llave por dentro y no pudo abrir.

De la garganta del «boxer» brotó un gruñido sordo. Y el animal volvió a golpear, cada vez más excitado, la puerta.

Por el vigilante no se despertó, pues el audífono se había desprendido de su oído izquierdo.

El perro hizo varios viajes desde el sillón a la puerta y al revés, cada vez más impaciente e inquieto.

Y finalmente, se detuvo junto al vigilante, mordió su manga y tiró de él con fuerza.

El hombre despertó sobresaltado.

—¿Qué..., qué diablos ocurre? —Gruñó, torpe.

El perro soltó su brazo y se abalanzó sobre la puerta.

Jonathan se despezó, miró al animal, se rascó, pensativo los grises cabellos y se incorporó.

Sobre el radiador estaba la funda con su pistola y un cargador de repuesto. Pero Jonathan no la tomó.

—Vamos, vamos, viejo amigo. Pareces muy inquieto. ¿Qué es lo que quieres? —exclamó, acariciando la cabeza del animal, que se apartó bruscamente de su lado y tornó a intentar accionar la manivela de cierre de la puerta—. Ah, ya: quieres ir a hacer tus cosas al patio, ¿eh? ¡Está bien, está bien, no seas tan impaciente!

Abrió la puerta que comunicaba con el patio interior, pero, contra lo que esperaba, el «boxer» siguió golpeando la puerta que comunicaba con el pasillo, sin cesar en sus sordos gruñidos.

Jonathan cerró la puerta del patio, indeciso.

Y de repente comprendió lo que quería indicarle el animal: algo extraño estaba ocurriendo al otro lado de aquella puerta.

En cuanto la abrió, el animal saltó hacia adelante y desapareció en el oscuro pasillo.

Jonathan le siguió en seguida. Pero no recogió su pistola.

—¡Calma, calma! —exclamó—. ¡Vamos, ven junto a mí, no me obligues a correr! Mis piernas no son tan ágiles como tus patas, amiguito.

Dio al interruptor de la luz y vio que el perro se encontraba a la puerta del despacho del gerente y gruñía sordamente y arañaba las maderas, muy excitado.

«Debí coger la pistola», pensó. Pero incluso entonces, el viejo tenía puestas todas sus esperanzas en que se tratase de una falsa alarma.

Quizá el animal perseguía a algún ratón, a fin de cuentas.

Sacó el llavero, dispuesto a comprobar la causa de la excitación del perro.

Pero entonces la puerta... se abrió por sí sola, lentamente.

El «boxer» lanzó un gruñido, saltó hacia adelante con coraje y desesperación en la oscuridad.

Alguien maldijo entre dientes, dentro del despacho.

Luego se oyó un jadeo estertoroso, seguido de un golpe sordo y de un gruñido de agonía...

Mortalmente pálido, el anciano vigilante dio la vuelta y trató de ganar el cuarto de vigilancia y... su pistola.

Pero alguien saltó sobre él y le derribó.

Un golpe en la nuca le dejó sin resuello.

Semiatontado, Jonathan notó que le tomaban en volandas y le transportaban pasillo adelante.

Tardó algunos minutos en recobrar la conciencia.

Le habían dejado sobre uno de los cómodos divanes del despacho y sus dedos palpaban algo húmedo y viscoso... como la sangre.

Fue a gritar, pero el grito quedó estrangulado en su garganta: sus ojos veían el cuerpo del perro, inmóvil sobre el suelo, con el cuello torcido, roto.

Alzó la vista y vio a los dos enmascarados y al alto y corpulento individuo sin máscara.

Jonathan palideció.

—¡Dios mío! —gimió al reconocer aquellas facciones—. ¿Eres tú en verdad, Will? También Will estaba pálido, terriblemente pálido.

¡Y rabioso!

—¡Maldito vicio! —rezongó—. Sólo ha venido a complicar las cosas.

Jonathan no volvió a abrir los labios. El terror le impedía articular una sola palabra.

Pero sus ojos podían ver.

Veía la caja de caudales, abierta, parcialmente abrasada, desvalijada y vacía.

Y también el saco que uno de los enmascarados llevaba en la mano.

El otro, pequeño y delgado, le encañonaba con una metralleta.

—Eres un estúpido, Will. La culpa la tengo yo por poner mi confianza en un borracho —dijo Marx, con voz fría.

Will rechinó los dientes.

—¿Por qué?

—¿Lo preguntas aún? Te dije que te pusieras la máscara. Si me hubieras hecho caso, el viejo no hubiera podido reconocerte. Y habría bastado con un golpe para quitárnoslo de en medio.

Will se enfrentó a él, iracundo. En realidad, era una situación grotesca, puesto que Will sobrepasaba en más de medio metro a Mark.

—Tienes razón —gruñó, rabioso, Will—. Tú tienes la culpa. ¿Hablaste, acaso, de ese perro? Fue el bicho quien despertó al vigilante. Por otra parte...

—Por otra parte, ¿qué? —le interrumpió Mark.

—¿Cómo iba yo a imaginar que el vigilante fuera este hombre, un viejo conocido? Es la maldita fatalidad, ¿no lo comprendes? —exclamó, encolerizándose por momentos.

—Es posible —respondió Mark. Y se encogió de hombros.

Clive pasó a su lado y se dirigió al pasillo.

Mark hizo otro tanto y se reunió con él.

Entonces Will les siguió de dos zancadas y gritó:

—¿Estáis locos? No pretenderéis dejar las cosas así. Si le dejamos vivo, el viejo no tardará en denunciarme.

—Exactamente —dijo Mark, indiferente.

—¡Esperad! No podéis dejarme aquí con él. Es necesario hacer algo —dijo Will, desesperado.

—Tú lo has dicho. Tienes que hacerlo. Mátale. Procura no hacer ruido. Y no tardes. Te estaremos esperando.

Will se retorció las manos, tembloroso.

Pero Clive y Mark doblaron el pasillo y Will los perdió de vista.

No podía contar con ellos: la fatalidad le empujaba a cometer un asesinato. No importaba que se tratase del viejo Jonathan, un buen hombre, un amigo casi, inofensivo y débil.

Tenía que matarlo... por su propia seguridad.

Así debió comprenderlo también el vigilante, porque sacando fuerzas de flaqueza, se irguió y se deslizó lentamente a su espalda, mientras Will hablaba con sus camaradas.

El cenicero de plata pesaba mucho y sus viejos brazos apenas

podían alzarlo.

A pesar de lo cual llegó a espaldas de Will, elevó su improvisada arma y trató de descargarla sobre su cabeza con todas las fuerzas que logró reunir.

Will se volvía en ese momento y el cenicero apenas le rozó el cráneo lateralmente.

El golpe, sin embargo, le arrancó un alarido de dolor y rabia.

Jonathan, despavorido, retrocedió dos pasos.

Lentamente, Will avanzó hacia él y le alcanzó.

Tuvo que sostener al anciano, pues sus piernas se doblaron.

Entonces las poderosas manos de Will se ciñeron al cuello de Jonathan y apretaron hasta que la vida huyó de aquel enjuto y débil cuerpo.

CAPÍTULO IV

—No. No hay huellas —dijo el teniente McLean—. Utilizaron guantes, desde luego. Tampoco obtendremos gran cosa de las huellas de los zapatos. Los ladrones adoptaron la precaución de utilizar zapatos de suela blanda y completamente lisa.

El hombre que se sentaba frente a McLean se puso en pie.

—¿Podría... podría ver su cadáver? —preguntó.

—No hay inconveniente alguno, teniente Valerian. Vaya al depósito de cadáveres. Yo telefonearé entretanto para que le permitan la entrada —respondió el policía. Cliff Valerian se inclinó, ofreció su mano a McLean y dijo:

—Gracias.

Quería haber dicho cosas, muchas cosas. Hacer preguntas, miles de preguntas.

Pero lo más probable sería que tampoco McLean tuviese respuesta a aquellas cuestiones.

Abandonó el cuartel de policía y subió al automóvil que había alquilado aquella misma mañana.

«Ya no será la más bella Navidad de mi vida», pensó, sombrío.

En realidad, todavía no había conseguido desahogar el dolor que sentía en el pecho.

Era una opresión terrible, una angustia densa, que le impedía respirar y nublaba sus ojos. Pero Cliff Valerian no había conseguido llorar. Era... como la pausa que tiene lugar desde el momento en que se le riñe a un niño hasta que, al fin, rompe a llorar.

Recién llegado a Minneapolis, de madrugada, Cliff había optado por ir a ver a su padre, en primer lugar.

Pero la casita de Valerian, en Green Road, estaba vacía.

—Debe estar de servicio en la joyería —imaginó Cliff.

Su padre hubiera podido vivir cómodamente sin trabajar ya, puesto que había cumplido sesenta y seis años.

Cliff ganaba suficiente dinero para los dos e incluso poseía una crecida cantidad de dinero en el Banco, producto de sus ahorros durante los últimos diez años.

Pero Jonathan había trabajado toda su vida y el trabajo significaba para él una distracción.

De forma que cuando le jubilaron como conductor de un furgón blindado, aceptó el puesto de vigilante que le ofrecieron en Fillmore & Pierce.

Aquella noche, Cliff hubiera debido descansar y esperar a ver a su padre por la mañana, cuando regresara de su trabajo.

Sin embargo, sentía tanta impaciencia por darle aquella alegría, que tomó el teléfono y marcó el número de la joyería.

Nadie respondió a su llamada y Cliff colgó y volvió a marcar cuidadosamente el número, imaginando que hubiera podido equivocarse la primera vez.

Pero la alarma se apoderó de él cuando —tras insistir varias veces— no obtuvo respuesta.

Su padre era sordo y tenía que utilizar un audífono, pero Jonathan solía colocar el teléfono muy próximo a su puesto de vigilancia.

Decididamente, Cliff llamó a la policía.

—Tranquilícese —le dijeron—. Enviaremos un coche-patrulla a la joyería y le llamaremos en cuanto sepamos algo.

Cliff fue intranquilizándose a medida que transcurría el tiempo. Vigilaba constantemente el teléfono, pero el aparato permanecía mudo.

Al fin, cuando ya se disponía a salir de su casa para dirigirse a la joyería de Fillmore & Pierce, zumbó el teléfono.

—¿Valerian? Siento tener que darle esta noticia, pero... su padre ha muerto —le informaron.

Cliff sintió una aguda punzada en el pecho.

—¿Muerto? ¡Dios santo...! ¿Quiere explicarse? —gritó.

—Des agentes han encontrado forzada la puerta de la joyería. El cuerpo de su padre estaba tendido en el despacho del gerente...

Habían encontrado, también, a un perro moribundo, cosido a puñaladas. El animal, al parecer, acompañaba al vigilante en su

vigilancia nocturna.

—No quisimos llamarle hasta tener la seguridad de que nada podía hacerse por su padre. Trataron de reanimarle en el hospital. Por desgracia...

Cliff trató de imponerse a la angustiosa sorpresa.

—¿Han... han detenido a alguien, a su asesino? —preguntó, ansioso.

—No. Los ladrones habían huido pocos minutos antes, según se ha podido establecer, tras examinar sus huellas sobre la nieve.

La maldita fatalidad, la tempestad de nieve, el trío... Todo ello había impedido que Cliff llegase a tiempo a Minneapolis.

Valerian imaginó que quizá su padre no hubiera muerto si él le hubiese llamado por teléfono sólo una hora antes.

—¿Puedo... puedo verlo? —balbució, angustiado.

—Tendrá Que esperar algunas horas, señor Valerian. El forense cebe decidir si es necesario realizar la autopsia o no. Pero puede entrevistarse con el teniente McLean, de Homicidios, que se ha hecho cargo del caso.

Cuando colgó el teléfono, Cliff se sentía trastornado y vacío.

Durante mucho tiempo, permaneció inmóvil, abstraído, de bruces sobre el lecho de su padre.

¡Pobre viejo Jonathan, siempre comprensivo y afable..., asesinado brutalmente por unos ladrones!

Al dolor y al vacío, sucedió lentamente la ira y el rencor.

—No volveré a la Infantería de Marina hasta que los asesinos de mi padre hayan sido capturados o... muertos —se juró a sí mismo.

Al fin se alzó del lecho, penetró en el cuarto de baño y se afeitó.

Había sido una larga noche de vigilia y su barba había crecido extraordinariamente.

Estaba pálido y ojeroso, pero Cliff no se preocupó demasiado por su aspecto.

Cuidadosamente se afeitó y se lavó. El recuerdo de Sheila llegó a él en aquel momento.

Ahora más que nunca necesitaba verla, abrazarla, experimentar el consuelo de su comprensión y de su amor.

Sin embargo, decidió posponer la visita a la casa de los London.

Consultó la guía telefónica y por teléfono alquiló un automóvil.

A las ocho de la mañana llegó un mecánico con el coche. Era un

«Ford-Mustang» color cobre, seminuevo.

A las ocho y media, Cliff Valerian se entrevistaba en la comisaria con el teniente McLean.

—No voy a ocultarle que yo mismo me siento impresionado, señor Valerian. Se trata de un crimen atroz. El hombre que mató a su padre debe ser un individuo asombrosamente fuerte, puesto que antes de que Jonathan muriera estrangulado, sus vértebras cervicales saltaron, rotas —comentó el policía.

Cliff tragó saliva.

—¿Cuál fue el botín? —preguntó luego.

—Algo más de un millón de dólares. Setecientos cincuenta mil en valiosas joyas y el resto en billetes. Por supuesto, a los ladrones ya a resultarles sumamente difícil deshacerse de las alhajas, porque todos los joyeros y orfebres están ya alertados. Confío mucho en que ése sea el camino para llegar a los ladrones que asesinaron a su padre.

No había mucho más que hablar y, comprendiéndolo así, McLean miró a Valerian y preguntó:

—¿Piensa permanecer mucho tiempo en Minneapolis, teniente Valerian?

—No volveré a mi destino hasta que ustedes hayan encontrado a los hombres que asesinaron a mi padre —respondió, sombrío.

—No espero encontrar muchas dificultades para ello, amigo mío. En ocasiones detener a un delincuente cuesta años enteros de investigación. Sin embargo, tenga la seguridad de que haremos cuanto esté en nuestras manos —prometió McLean.

—Eso espero —replicó Valerian.

A las nueve y media de la mañana, Cliff se detenía ante el depósito de cadáveres.

Bajó del vehículo, penetró en el edificio y se entrevistó con un empleado.

—El señor Valerian, supongo —dijo en seguida aquel hombre—. El teniente McLean me avisó de su llegada. Acompañeme, por favor.

No parecía aquélla la Mansión de los Muertos, porque todo era nuevo, pulcro y funcional en las dependencias del depósito.

Pero la sección de frigoríficos imponía. No se debía ello a ningún olor desagradable ni al aspecto de los cajones frigoríficos, que más bien recordaban un enorme archivo que ocupaba todo un

muro de la larga galería.

Era, quizá, algo indefinible que dimanaba de la seguridad de que la muerte reinaba en aquel recinto, donde todo estaba dispuesto para acoger a los muertos, a aquellos seres que habían encontrado la muerte de forma violenta o en extrañas circunstancias poco claras.

El empleado que acompañaba a Valerian tiró del asa de uno de aquellos receptáculos marcado con el número treinta y siete y el cajón se deslizó sin un chirrido sobre sus cojinetes a bolas.

—Vea —dijo su acompañante. Y tiró del pico del lienzo que cubría el cadáver.

Cliff notó un terrible nudo de angustia en su garganta.

Miró el cadáver de su padre e incluso acarició aquellas facciones pálidas que la muerte no había conseguido endurecer.

Valerian esperaba encontrar un rostro negruzco, tal vez amoratado. Pero no, las facciones de Jonathan, suaves, relajadas, aparecían de color marfil.

Tomó la mano izquierda del cadáver y la oprimió con dulzura, con suavidad, como en una caricia.

Cliff parpadeó.

El dedo anular de la mano izquierda mostraba la marca del solitario que su padre había llevado constantemente cuarenta años, pero la sortija había desaparecido.

Desconcertado, Cliff alzó la mano derecha, la miró y comprobó que tampoco el solitario estaba allí.

Volvió a colocar los brazos con sumo cuidado. Luego se inclinó y besó con suavidad la frente helada del cadáver.

Los músculos faciales de Cliff se fruncieron en una mueca, pero las lágrimas no asomaron a los ojos.

El empleado cubrió el cadáver y empujó el receptáculo hasta su alojamiento.

—¿Podría utilizar el teléfono? —pidió Valerian.

—Desde luego. Venga a mi despacho —respondió su acompañante.

Salieron al pasillo y penetraron en un pequeño despacho dotado de algunos muebles metálicos, muy funcionales.

Cliff marcó el número de comisaría y pidió hablar con el teniente McLean.

McLean había abandonado el cuartel un momento antes, pero el operador de radio le puso rápidamente en contacto con él a través de las ondas.

—¿De qué se trata, Valerian?

—Le hablo desde el depósito de cadáveres. He visto el de mi padre. Y algo me ha llamado la atención.

—¿De qué se trata?

—¿Acostumbra la policía a despojar a los cadáveres de sortijas, pulseras, relojes, cadenas, etcétera? —preguntó, a su vez, Valerian.

—Sí. Los objetos hallados en los cadáveres quedan depositados en comisaría y después se entregan al juez.

—En tal caso, supongo que tendrá en su poder la sortija que mi padre llevaba siempre en su anular izquierdo.

—No. No encontramos ninguna joya en sus manos. Sólo un reloj de pulsera de escaso valor. ¿Cómo era esa sortija?

—Un anillo de oro con un topacio cuadrado, de color amarillo. No es que tenga un valor elevado, pero mi padre tenía esa joya en mucha estima. Y me gustaría recuperarla, cuando fuera posible. ¿Está seguro de que no la encontraron en el cadáver?

—Ya le he dicho que no —respondió el policía, un tanto amoscado.

—En tal caso, tal vez se encuentre en el despacho de Fillmore, en la joyería —aventuró Cliff.

—Siento decepcionarle, Valerian, pero mis hombres registraron a conciencia tanto el despacho como las restantes dependencias, en busca de indicios, pero no encontraron nada —explicó McLean.

Cliff se mordió los labios.

—En tal caso —murmuró como si hablara consigo mismo—, sólo puede haber una explicación.

—¿Cuál?

—Los ladrones despojaron de la sortija a mi padre, después de matarle —insinuó Valerian.

A través de las ondas llegó la exclamación escéptica del policía:

—No lo creo. ¿Para qué? Unos individuos que tomaron todo género de precauciones no se iban a complicar tontamente robando una joya de poco precio. ¿Ignora que los ladrones eligieron únicamente alhajas de gran precio, y despreciaron millares de otras piezas menos valiosas? Escuche, Valerian: mire en su casa.

Muchas personas se despojan de sus sortijas antes de lavarse las manos, por ejemplo, por temor a que su anillo vaya a parar a la cañería de desagüe. Tal vez su padre hizo algo parecido y el solitario se encuentre en su domicilió, en el lavabo, probablemente.

—No lo sé. Pero lo sabré en seguida. Gracias por todo, teniente.

—No hay de qué. Creo que no debería preocuparse tanto por el caso, Valerian. Para eso estamos los policías. No tema, le tendré al corriente de cualquier novedad que pudiera surgir.

—Gracias de nuevo —respondió Valerian. Y colgó.

Se despidió del empleado, abandonó el depósito y volvió a su coche.

Rápidamente condujo hasta Green Road. Porque —a pesar de los consejos de McLean— no entraba en sus cálculos cruzarse de brazos y esperar cómodamente sentado a que la policía progresase en sus investigaciones.

Penetró en el modesto domicilio de su padre —una casita rodeada de un pequeño jardín cuidado con esmero— y fue directamente al cuarto de baño.

La sortija no estaba en el lavabo. Cliff registró minuciosamente el armario metálico, los estantes y el resto de la pieza. Inútilmente.

Empleó algo más de un hora en inspeccionar el resto de la casa. Pero el solitario de oro con un topacio amarillo no apareció.

Reflexionó.

¿No era hora ya de visitar a Sheila London?

Tentado estuvo de tomar el teléfono para anunciarle su visita, pero finalmente decidió presentarse en casa de Sheila, sin advertirla.

Los London poseían una casa moderna, espaciosa y muy cómoda en las afueras de Minneapolis, a la entrada de una zona residencial de lujo.

Cliff rodaba despacio a lo largo de una de las verdes calles-jardín cubiertas por la densa nevada de la noche anterior, cuando se cruzó con un «Chrysler» gris que patinó espectacularmente sobre la nieve al tomar la desviación del cruce más próximo.

Por un momento, Cliff creyó reconocer al hombre que conducía aquel automóvil.

«Juraría que era Jackman», pensó.

Si sus ojos no habían errado, ¿qué significaba la presencia de

Will Jackman en las proximidades de la residencia de los London?

Abandonó la calle y rodó sobre un camino nevado en dirección al domicilio de Sheila. Frenó ante la bella escalinata de piedra, bajó del coche y ascendió rápidamente los peldaños.

Ante el vestíbulo, un bello árbol de Navidad cuajado de luces parpadeantes daba la bienvenida a los visitantes.

El vestíbulo estaba manchado de barro. Eran unas huellas de zapatos. Masculinos, a juzgar por el tamaño de la marca impresa sobre el brillante pavimento.

Cliff se detuvo, súbitamente.

Alternadas con las pisadas, podían verse numerosas manchas de sangre.

CAPÍTULO V

Dirigió una rápida mirada al salón inmediato.

La casa parecía vacía.

Quizá Sheila y sus padres habían ido a visitar a unos parientes próximos, que vivían en Grandplace.

Cliff estuvo a punto de volver sobre sus pasos, pero finalmente se decidió a comprobar si había alguien en la casa.

Cruzó el lujoso salón, ascendió ágilmente la escalera y se detuvo en el pasillo superior.

A sus oídos llegó un gemido lejano.

Avanzó al borde de la artística balaustrada, en dirección a las habitaciones que Sheila solía usar, antes de casarse con Jackman.

De nuevo volvió a escuchar un quejido ahogado.

—¡¡Sheila!! —exclamó—. ¡Es ella!

Y se precipitó a través del largo mirador, lo recorrió en pocos segundos y empujó la puerta de la alcoba de Sheila.

La estancia estaba a oscuras y Valerian se detuvo a la entrada, indeciso.

—¡Sheila! ¿Qué te ocurre, dónde estás? —exclamó él, alarmado.

—No... no es nada, Cliff. Pero, te lo ruego, no entres.

Valerian deslizó la mano hasta la pistola que llevaba bajo el cinturón y se apartó de la puerta, avanzando unos pasos en el interior de la alcoba.

Se sentía ya íntimamente inquieto.

¿Había alguien en compañía de Sheila..., alguien que pudiera suponer un peligro para la mujer y para el mismo?

Aguardó.

Tenía los músculos en tensión y sus sentidos estaban alerta, dispuestos a repeler cualquier agresión.

Y entonces volvió a oír el llanto de Sheila.

Sus gemidos eran leves, contenidos, como una queja de dolor.

—¡Sheila! —susurró—. ¿Qué ocurre, por amor de Dios?

Sus ojos se habían acostumbrado ya a la penumbra que reinaba en la gran alcoba.

Muy despacio, Valerian fue avanzando hasta que sus pies tropezaron con la cama.

—¡No quiero que me veas... así! —gimió Sheila.

Cliff tanteó la cama y dirigió una mirada a los vagos contornos de los muebles, intentando taladrar las tinieblas en busca de un posible enemigo.

—¿Así? ¿Qué significa...?

—Mi esposo acaba de marcharse. Hemos tenido una discusión...

—¿Tu esposo? Tenía entendido que habías conseguido el divorcio...

Sheila gimió entre las sombras.

—Quise decir... mi exesposo, William Jackman —respondió.

Cliff avanzó dos pasos, rozó la mesilla de noche con las yemas de los dedos e intentó encender la luz del aplique luminoso que entreveía en la pared.

—¡¡No!! —gritó la mujer, alarmada.

Valerian quedó rígido.

—No puedo comprenderlo, pero de una cosa estoy seguro, Sheila: jamás hubiera sospechado que nuestro primer encuentro se produjera en estas extrañas condiciones. Creí que iba a poder recrearme en la contemplación de tu rostro... Imaginé que correrías a abrazarme en cuanto me vieras, que juntos íbamos a fundirnos en un entrañable abrazo...

Distinguía sobre la blanca mancha del lecho la silueta de Sheila, pero no podía ver sus facciones con claridad.

Ella se movió entonces, tomó el interruptor de la luz y encendió.

Valerian miró a la mujer con ansiedad y... tuvo que contener un alarido de horror.

Con expresión incrédula corrompió el rostro hinchado, los párpados tumefactos, las facciones cubiertas de sangre seca, los labios partidos, el enorme hematoma sobre la barbilla d; Sheila.

El grito se estranguló en su garganta.

—Traté de evitar que me vieras así, Cliff. Simple coquetería femenina, supongo... —murmuró ella, haciendo un *enorme* esfuerzo por mover los sanguinolentos e inflamados labios.

La almohada estaba profusamente manchada de sangre.

Y también los cabellos de la bellísima Sheila London estaban impregnados de cuajarones secos.

Cliff Valerian apagó la luz y gimió en la oscuridad.

—¿Ha sido Jackman? —inquirió con voz tan ronca que no parecía la suya.

Sheila le tomó una mano y la oprimió dulcemente.

—No es nada, Cliff. Dentro de unos días, de unas semanas, recuperaré mi aspecto normal. No es importante. Unos cuantos puñetazos... La sangre es muy escandalosa, ya lo sabes —dijo ella, en tono ligero.

Pero Cliff se había inclinado sobre ella y acariciaba con dedos medrosos las facciones femeninas.

—Bestia inmundada... —murmuró—. ¿Ha sido él, William Jackman?

—Sí. Llegó aquí hace apenas una hora. Yo estaba sola en casa, pues mis padres fueron a felicitar las Navidades a tía Harriet, en Grandplace. William me aferró por un brazo y me empujó hacia aquí. Fue algo horrible, pues en seguida comenzó a insultarme con groseras palabrotas: *a Perra maldita, a ti y a los tuyos sólo os importa el prestigio y la respetabilidad, ¿no es cierto? Pues entérate de una vez: el prestigio y el respeto de los demás se consigue con dinero. Y yo tengo dinero abundante... ¡Míralo!*».

La había derribado de un salvaje empujón sobre la cama. Y luego arrojó sobre Sheila un puñado de billetes.

Ella le miró con reproche y con miedo.

—Creo que no has comprendido bien, William. No se trata de dinero, exactamente. Si solicité el divorcio fue por tu conducta. Me tratabas como a una mujerzuela, te pasabas semanas enteras fuera de casa... Sufrí mucho por ti, pero, finalmente, comprendí que había dejado de quererte... Siempre has sido así: elemental, primitivo, salvaje y tosco. Te has valido siempre de tu superioridad física para golpearme, afligirme y humillarme. Piénsalo bien, William. Tú y yo no tenemos nada en común. Soy una persona libre y no tengo la obligación de soportar tus vejaciones. Te suplico que te marches.

Jackman pronunció una palabrota.

—No seas ingenua, maldita zorra. No se trata de lo que tú

quieras. No se trata siquiera de que al divorciarte de mi hayas dado la mayor alegría a tus ridículos padres, ese par de viejos almibarados y pomposos... ¡Tú eres mía y volverás a mí! —bramó, descompuesto.

Se había abalanzado sobre la mujer y había tratado de poseerla por la fuerza.

Sheila tomó el teléfono, asustada ya por la brutalidad del hombre que había sido su esposo, y comenzó a marcar un número.

Pero Jackman le arrebató el aparato de un bestial zarpazo, arrancó el cable y destrozó el teléfono contra la pared.

—No, Sheila. No voy a consentir que te escapes de mis manos. Vas a saber de una vez por todas quién es William...

La joven rodó sobre el lecho y trató de huir a la desesperada. Jackman la alcanzó en el mirador y la derribó.

Los enormes puños del hombre que había ganado una medalla de oro en la Olimpiada de México, cayeron sobre su rostro con terrible sadismo.

Sheila gemía y suplicaba, pero Jackman continuaba golpeándola brutalmente en el paroxismo del furor.

Sólo se detuvo cuando su respiración se tomó jadeante y sus brazos cayeron, exhaustos, a lo largo del cuerpo.

Sheila no se movió.

No había perdido el conocimiento, aunque se sintiera aturdida y al borde de su resistencia, pero se mantuvo absolutamente quieta, como muerta.

Quizá Jackman se aterró, imaginando que sus rudos golpes hubieran terminado con la vida de Sheila.

Resopló como una bestia, miró a su alrededor, como una rata atrapada y luego volvió a la alcoba, recogió a manotazos el dinero que había regado sobre la colcha y se alejó de allí, temeroso.

Cliff Valerian dejó escapar un ronco gemido de su pecho, cuando Sheila terminó de hablar.

—¡Sheila, Sheila! —exclamó, con desesperanza—. Yo te amaba con todo mi corazón y hubiera dado por ti hasta mi vida. Pero tú escogiste a Jackman...

Un llanto entrecortado y desgarrador estremecía el pecho de la mujer.

Oyéndola, Cliff se sintió dominado por la ternura.

—Mía es la culpa —confesó Sheila, tratando de dominar los aterradores sollozos—. Me sentí deslumbrada por Jackman... cuando en realidad te amaba a ti, Cliff.

Valerian acarició los pegajosos cabellos femeninos, empanados en sangre coagulada.

—Cálmale, pequeña. Todo se arreglará.

—¡Espera! —gritó ella, viendo que Valerian se ponía en pie—. Dime, Cliff, ¿adónde vas? —Supongo que debe haber otro teléfono. ¿Dónde está?

—Hay uno en el vestíbulo y otro en el salón de arriba... ¡Pero no me dejes, por amor de Dios!

—Voy a avisar a un médico, Sheila. Es preciso que alguien se ocupe de ti inmediatamente. No se trata sólo de tu rostro tumefacto... Ese bestia es capaz de haberte causado lesiones cerebrales —afirmó el hombre.

La mano de Sheila tembló.

—Está bien. Ve. Llama al doctor Zachary Webb. Es un amigo de la familia y no dudará en venir en cuanto le expliques de qué se trata —accedió ella.

Valerian estuvo fuera de la alcoba apenas cinco minutos.

—El doctor Webb se ha puesto en camino y estará aquí en un cuarto de hora —anunció, de vuelta junto a Sheila—. Ahora sólo queda atrapar a Jackman...

—¡No, Cliff! Olvidémoslo, te lo ruego.

—¿Cómo? ¿Pretendes que lo que ha hecho esa bestia salvaje quede sin castigo? ¡Le mataré por lo que te ha hecho...!

Sheila volvió a gemir, de bruces sobre la almohada.

—Te lo suplico, Cliff. Tú no conoces bien a Jackman. Te matará... ¡Y yo no quiero perderte, ahora que he conseguido recuperarte!

Valerian tragó saliva y se humedeció los secos labios con la lengua.

—No podré olvidar fácilmente tus facciones monstruosamente desfiguradas, Sheila. Jackman pagará lo que ha hecho. Te lo juro —murmuró, estremecido de cólera.

CAPÍTULO VI

El *jet* procedente de Nassau descendió sobre el aeropuerto de Minneapolis a las doce de la mañana.

Media hora después, Harry Kreocopoulos recogía sus dos maletas y se introducía en un taxi.

El taxista se giró en su asiento y le encañonó con un revólver.

El griego dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Sin embargo, Harry era un hombre habituado a situaciones como aquélla y conservó la sangre fría.

—Vamos, Clive. Guarda ese revólver —exclamó con una leve sonrisa. E inquirió—: ¿A qué viene esto? Os dije que esperaseis mi aviso.

Clive entreabrió los labios en una amplia sonrisa cínica.

—Se debe a que no nos fiamos de ti, querido Harry. Dijiste que llegarías al anochecer... pero te has anticipado ocho horas... ¡Vamos, dame esa maleta! —exigió con decisión el joven de color.

—Calma, calma. Tengo que deducir mi comisión por la venta. ¿O no? Quedamos de acuerdo en que obtendría el diez por ciento del total —se resistió Kreocopoulos, sin dejar de sonreír.

Bruscamente, dos hombres penetraron en el taxi.

—¡Sal pitando, Clive! —ordenó Will.

El automóvil arrancó con un chirrido de neumáticos y abandonó el aparcamiento. De un manotazo, Kreocopoulos se quedó sin la maleta que tan celosamente apretaba sobre su regazo.

—Vamos, Mark. ¿A qué tanta violencia? —protesté—. He cumplido con mi parte escrupulosamente.

—Te hubieras largado con el dinero frescamente si no hubiéramos tenido la precaución de esperarte y vigilar el aeropuerto —le lanzó a la cara el corpulento Will.

Kreocopoulos se encogió de hombros.

—Pero... ¡Es absurdo! Vosotros teníais a mi mujer como rehén

—explicó con un ampuloso gesto de ambas manos.

—Hemos averiguado que tu dulce esposa está separada de ti desde hace tres meses. Te hubieras sentido muy satisfecho si nosotros te hubiéramos librado de ella —rió el pequeño y escurridizo Mark.

—Es posible —respondió Harry—. Pero tendréis que admitir que hubiera podido huir con el dinero y no lo he hecho.

Clive lanzó una carcajada. Luego dijo, sin volverse, atento a la conducción del falso taxi:

—Sabíamos que no disponías de pasaporte. Además, tienes aquí a tu amiguita, la preciosa Shelley Pharr, que te tiene bien sujeto en sus redes. Supongo que pensabas recogerla y huir con ella a California o a Florida para gastarte alegremente nuestro dinero...

—¡Jamás! —exclamó Kreocopoulos, ofendido—. Soy un hombre de honor.

Una carcajada colectiva acogió sus palabras.

A partir de aquel momento, Harry comenzó a sospechar que las cosas no iban a ir bien para él.

Brutalmente comprendió que Mark, Will y Clive jamás habían contado con él para repartir el producto de la venta del alijo de joyas, realizado gracias a su fino olfato y a sus gestiones en las Barbadas.

Y como una idea llevaba a otra, Harry Kreocopoulos dedujo seguidamente que sus socios no le dejarían marchar libremente.

Quizá por eso empujó a un lado a Mark bruscamente e intentó arrojarlo fuera del coche.

Por desgracia para él. Will le vigilaba constantemente y le agarró de un zarpazo antes de que Harry, con la portezuela entreabierta ya, consiguiese escapar.

Las enormes manazas del boxeador hicieron presa en el cuello del griego y apretaron salvajemente.

Se oyó un crujido siniestro, Will abrió las manos y Harry se desplomó como un conejillo sobre el piso del automóvil.

Mark se inclinó sobre él y le zarandeó.

Pero el cuello de Harry estaba roto.

Despavorido, Mark miró a Will.

—¡Le has matado! —susurró, aterrado.

—Sí —admitió el antiguo boxeador con indiferencia.

A Mark le temblaron los labios.

—Pero... ha sido horrible, Will. Te has deshecho de él como de un animalillo...

—¿Qué más da? Nos hemos ahorrado algunas balas, ¿no? —Se encogió de hombros Will.

Había abierto la más pequeña de las maletas y contemplaba, fascinado, el espectáculo que suponían los numerosos fajos de billetes de cien dólares, cuidadosamente ordenados.

Contó rápidamente el dinero, mediante el sencillo cálculo de multiplicar los fajitos de mil dólares por el número de aquéllos.

De repente, largó un tremendo puntapié al cadáver del infeliz Harry Kreocopoulos.

—¡Cerdo! —Gruñó—. No era éste el precio acordado. ¡Sólo hay seiscientos mil dólares!

—Registremosle —propuso Mark, que se había recuperado fácilmente de su impresión por la horrible muerte del griego a manos de Will.

Su camarada alzó fácilmente el cadáver y lo puso sobre las rodillas de ambos, que palparon ávidamente su cuerpo y sus ropas, hasta encontrar los fajos que Harry había cosido hábilmente entre el paño de su excelente abrigo y el forro.

Veinte fajos fueron cayendo sobre el asiento del coche, hasta completar doscientos mil dólares.

—¡Tramposo...! —Gruñó Will—. Nos hubiera estafado doscientos mil si nos hubiéramos fiado de él.

En un gesto brutal, dejó caer el cadáver y apiló casi con mimo los fajos en el interior de la maleta, junto al resto del dinero.

—¿Dónde repartimos? —preguntó Clive, volviéndose fugazmente. Parecía muy inquieto.

—Antes tenemos que deshacemos del cadáver de Kreocopoulos —respondió Will, sombrío.

—Sí. Pero ¿dónde, cómo? Si lo encuentran, podrían relacionar su muerte con nosotros. Y entonces...

—No podrán encontrarlo —afirmó Will, apretadas las mandíbulas ferozmente—. Llévanos hasta Old Brighton.

Clive detuvo el coche junto al semáforo en rojo y treinta segundos después se desviaba a la izquierda y se dirigía a gran velocidad hacia el extrarradio.

Mark contemplaba a Will con una expresión de disgusto en su demacrado y pálido rostro.

—Te mostrabas muy indeciso al principio —reprochó—, pero ahora parece haber recuperado la seguridad. Yo diría que estás tratando de dirigir el grupo...

—¿Os parece mal? —respondió Will, dirigiendo alternativas miradas a sus dos camaradas.

Mark se encogió de hombros, aunque se sentía disminuido por la actitud decidida que había adoptado Will.

«Al diablo con él —pensó—. Le perderé de vista en cuanto hayamos repartido el dinero. No volveré a verle más. Es un individuo... repugnante». El taxi alcanzó la autopista de circunvalación.

El piso de la carretera estaba helado, pero el automóvil estaba equipado de neumáticos con acerados clavos que impedían el deslizamiento.

Ninguno de los tres hombres se ocupaba ya para nada del cadáver del infeliz Harry Kreocopoulos, que yacía como un guiñapo entre las piernas de Will y Mark.

Ahora los tres vigilaban más o menos furtivamente la maleta que Will sujetaba firmemente sobre sus rodillas.

Ochocientos mil dólares. Toda una fortuna en billetes de cien dólares, crujientes, nuevos, sumamente atractivos.

Había sido una buena idea encargar a Harry del asunto... aunque él no viviera ya para gozar con su linda amiguita del éxito de la operación.

Un acierto pleno... vender las joyas en las distintas islas Barbados. Harry había escogido cuidadosamente al comprador, un militar peruano, ansioso por invertir su dinero en valores tan seguros e inmutables como el oro, el platino y las piedras preciosas.

La pista de las joyas robadas en
Fillmore & Pierce

se esfumaría. La policía jamás sabría que las hermosas y valiosísimas gemas habían ido a parar al extremo sur del continente, donde probablemente permanecerían celosamente guardadas por su actual dueño durante veinte o treinta años.

Y todo ello con unos gastos mínimos: los del viaje de ida y vuelta de Harry Kreocopoulos y su estancia de una semana en un

cómodo hotel de Nassau.

Clive abandonó la autopista y tomó una carretera secundaria que conducía hasta la zona fabril de Old Brighton.

Cruzaron ante las instalaciones de una gran fundición, avanzaron unos centenares de metros y finalmente el coche se detuvo entre los imponentes montones de escorias negruzcas.

—Saca el bidón de gasolina, Clive —indicó Will.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mark, inquieto.

—Ya lo veréis. Vamos, Clive, abre el maletero y tráeme el bidón.

Descendieron del coche.

El cielo, plumizo, amenazaba con una nevada inminente.

Will se abrochó su gruesa chaqueta de cuero y cerró la portezuela del coche de un empujón brusco.

—Aquí tienes. —Clive le entregó un bidón de diez litros lleno de gasolina—. ¿Y ahora...?

Will dirigió una mirada a los alrededores.

No había nadie a la vista. ¿Quién iba a aventurarse en una tarde tan desagradable en un lugar tan inhóspito?

—Sacad el cadáver de Harry y llevadlo hasta el fondo de esa hondonada —ordenó.

—¿Por qué no vienes tú también? —protestó Mark.

—No seas estúpido. Alguien tiene que quedarse aquí para vigilar el dinero. Además... es preciso asegurarse de que ningún curioso se acerca por aquí —respondió Will.

Clive tiró bruscamente de los pies de Kreocopoulos. El cadáver quedó sobre la nieve boca arriba y el negro se estremeció al contemplar sus ojos vidriosos.

—Vamos cuanto antes —decidió.

Pero Mark se sentía receloso.

Súbitamente, abrió la portezuela del lado del conductor y sacó la llave de contacto, que se guardó en un bolsillo.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Will, furioso.

—No somos hermanitas de la caridad —respondió Mark, con toda crudeza—. No me gustaría encontrarme con la desagradable sorpresa de verte huir con el coche y con el dinero.

—No digas tonterías. Yo pienso bajar con vosotros.

Mark tomó a Kreocopoulos —lo que quedaba de aquel desgraciado— y Clive le agarró por los pies.

Comenzaba a nevar cuando alcanzaron el fondo de la hondonada entre dos enormes montañas de escorias.

Will roció abundantemente el cadáver de gasolina, puso el bidón a distancia suficiente y arrojó sobre el muerto un fósforo encendido.

Aunque sospechaban algo semejante, Clive y Mark se apartaron de un brinco cuando una enorme llamarada envolvió los restos de Kreocopoulos.

—El fuego consumirá su cuerpo y nadie podrá identificar sus cenizas —pronunció Will con ferocidad que impresionó a sus compañeros.

Volvió sobre sus pasos y comenzó a ascender velozmente la falda del escorial.

Con un movimiento veloz, desabrochó su chaqueta de cuero, sacó de entre sus ropas una pistola-ametralladora de largo cañón y comenzó a disparar, tras girarse de un brusco salto que pilló desprevenidos a sus camaradas, retrasados unos quince metros.

Clive cayó hacia atrás con la garganta destrozada, pero Mark aún tuvo tiempo de sacar su pistola.

Disparó contra Will rabiosamente, en el preciso momento en que cuatro o cinco balazos perforaban su pecho y su vientre.

Will dejó escapar un gruñido de dolor al sentir el picotazo en el costado derecho.

Loco de ira, descendió y siguió disparando contra Mark hasta que el cargador de su arma se agotó.

Sin perder tiempo, sacó un nuevo cargador del bolsillo y lo adaptó a la pistola-ametralladora.

Lanzó el inservible al fondo de la hondonada y descendió mientras pronunciaba horribles maldiciones entre dientes.

Fríamente se aproximó a Mark, que agonizaba en medio de terribles convulsiones.

Apuntó cuidadosamente a su rostro y disparó cinco veces más. Tras lo cual recuperó la llave del coche de los bolsillos de Mark.

Entonces guardó el arma en un bolsillo, atenazó por un pie los cadáveres de Clive y de Mark y los arrastró espectacularmente cuesta abajo.

Fácilmente los arrojó sobre la pira formada por el cuerpo del griego y aguardó hasta que la gasolina se consumió.

Retrocedió hasta el bidón, lo vació totalmente sobre los tres

cadáveres y encendió un fósforo que arrojó sobre el macabro montón humano.

Lentamente ascendió la cuesta y permaneció allí durante más de media hora, hasta que el nauseabundo hedor a carne quemada le obligó a apartarse de aquel lugar y volver al automóvil.

Introdujo la llave en el contacto, la giró y el motor arrancó.

Maniobró, dio la vuelta y se alejó.

Agarró la maleta que contenía ochocientos mil dólares y la depositó amorosamente junto a sí, sobre el asiento.

—Verdaderamente, hubiera sido una tontería repartir con ellos este dinero —murmuró cínicamente, mientras daba unas palmadas sobre la tapa de la maleta.

Tuvo que poner el limpiaparabrisas. Una gran nevada se abatía ya sobre el camino.

CAPÍTULO VII

Valerian apuró su quinto coñac, dejó dos dólares en la barra y salió a la calle.

No había conseguido encontrar a Jackman... tras ocho horas de continuas llamadas telefónicas, gestiones y visitas sin fin.

Había intentado servirse de sus antiguas amistades para encontrar la pistola del hombre que buscaba, pero a las once de la noche hubo de confesarse que todo el tiempo invertido había resultado inútil.

La mayoría de los amigos que conocían a William Jackman no querían saber nada de él.

—Es un borracho, un grosero, un tipo repelente... Dejé de verle: no quiero tener un lío con la policía, por su causa.

—No me hables de Jackman. Le detesto. Pero celebro volver a verte, Cliff.

—¿Jackman? ¡Huele a podrido! Mantente lejos de él.

Las respuestas que había obtenido eran semejantes.

El dueño de un bar de la calle River le había informado, en confianza, que William Jackman se hospedaba un par de meses atrás en el hotel Highland.

Pero Jackman se había despedido del Highland dos semanas antes, dejando a deber quinientos ochenta dólares.

Valerian, sin embargo, no desesperaba de encontrar a su hombre.

Por no perder el tiempo en volver a su casa de Green Road, gastó casi treinta dólares en llamadas telefónicas desde las cabinas públicas.

Preguntó por Jackman en más de cincuenta hoteles y en otras tantas residencias y moteles de carretera, situados en las inmediaciones de la ciudad.

Sin éxito.

Tampoco obtuvo información positiva en su llamada a los diversos hospitales, clínicas y puestos de socorro.

Todavía perdió un par de horas más en hacer llamadas a los clubs nocturnos, bares y establecimientos de placer.

—Por favor, diga a Jackman que se ponga al teléfono —solía decir—. Se trata de un asunto urgente.

—¿Jackman? —le respondían—. Lo siento, no conozco a nadie que se llame así.

Valerian insistía.

—Se lo ruego. ¿No podría buscarle en la barra? Dejó esa dirección...

—Un momento.

A través del hilo telefónico, Cliff oía vocear el nombre de Jackman, pero la persona que le había atendido volvía invariablemente para asegurarle que Jackman no estaba allí.

Valerian no había abandonado la residencia de los London hasta que James y Lucille, los padres de Sheila, volvieron de Grandplace.

Naturalmente, la señora London se había echado a llorar al ser informada de lo ocurrido, y su esposo se había empeñado en llamar a la policía, pero Sheila se opuso a ello tenazmente.

—No volverá por aquí, estoy segura.

Sus padres se habían plegado finalmente a sus deseos y Cliff había tenido que transigir con el deseo de la mujer que amaba, pero estaba dispuesto a entrevistarse con William Jackman, pesase a quien pesase.

Por fortuna, el doctor Webb se había ocupado de Sheila, tras lo cual aseguró que su rostro estaría bien en poco más de tres semanas.

Sin embargo, Valerian, cada vez que recordaba el rostro monstruosamente hinchado de Sheila, pensaba que las cosas no iban a quedar así.

Jackman era un criminal, un sádico peligroso, un salvaje, al que había que apartar de las personas normales.

Por otra parte, estaba el rencor que guardaba hacia Jackman, el hombre que le había robado nada menos que diez años de la vida de Sheila. Diez años que, juntos, podían haber vivido felices, diez años que Jackman había empleado en degradarse y en atormentar a su esposa, hasta la desesperación.

Valerian salió a la calle.

La gente se movía aprisa, bajo la intensa nevada. Todos parecían muy alegres y felices, dispuestos a celebrar en paz y en concordia los días que se aproximaban.

Pero Valerian pensaba en su padre asesinado, que sería sepultado al día siguiente.

El viejo y entrañable Jonathan Valerian no tendría ya Navidades. Yacería para siempre bajo tierra, en el interior de una caja de madera.

Cliff apretó las mandíbulas, en una mueca amarga.

«Mi padre, asesinado, y Sheila, bárbaramente golpeada por un sádico: he ahí mi doble regalo de Navidad», pensó.

¡Hubiera podido ser todo tan diferente...!

Si Jonathan viviera... Pero Cliff ni siquiera le había dicho que iba a casarse con Sheila London, con lo cual su padre se hubiera sentido doblemente feliz, porque el viejo compartía las inquietudes de su hijo, y gozaba con sus alegrías.

Pero la perspectiva de unas alegres vacaciones navideñas se había esfumado, para dejar lugar a la soledad, al rencor, al furor y al odio.

Se introdujo en su coche y arrancó.

No descansaría hasta muy avanzada la madrugada.

Se había propuesto recorrer los clubs, los locales de espectáculos, cualquier lugar de Minneapolis... hasta que encontrase a William Jackman.

Lo que iba a suceder, en el momento que encontrase a Jackman, era cuestión que Valerian no se atrevía a pronosticar. Pero imaginaba que la entrevista entre los dos hombres no iba a resultar nada fácil.

Cliff estaba dispuesto a devolver con creces a Jackman la paliza que éste había dado a una indefensa mujer.

Estaba bien preparado. El entrenamiento de los «marines» no es precisamente un paseo por la costa. Sus músculos estaban duros y ágiles, y sus manos podrían matar fácilmente, con sólo proponérselo.

A las once y media de la noche, estacionó su coche en la zona de aparcamiento de un club, el Drop-to-Drop [1].

Conocía el lugar. Se trataba de un brillante y lujoso local, donde

cualquier hombre podía convencer a una bella jovencita y llevársela a casa o a los moteles alejados...

Naturalmente, a cambio de una cantidad, que jamás solía bajar de cincuenta dólares.

Había muchos hombres en la barra. Y también, bellísimas chicas, que exhibían sus desnudos senos a través de exagerados y audaces escotes.

Una rubia descarada vino hasta él, ocupó un taburete giratorio, y le ofreció una sugestiva visión de sus perfectos muslos.

—¿Una copa, señor? —preguntó—. No soy ambiciosa: me conformo con un *whisky* doble... Apenas cuatro dólares.

Valerian pidió un coñac y un *whisky* doble al camarero, muy joven, que se aproximó en seguida.

No estaba de humor para escarceos frívolos, pero las chicas de los clubs suelen conocer a todo el mundo.

La chica le estaba contemplando a través del humo de su cigarrillo.

—Eres un hombre muy atractivo —pronunció ella despacio—, pero las arrugas de tu frente te dan un aspecto hosco. ¿Preocupado?

Valerian no sonrió al responder.

—Tengo que ver a un amigo, pero no lo encuentro —dijo—. Y es muy importante para mí.

—No serás un policía... —murmuró ella, recelosa.

—Déjate de tonterías. Los policías no se gastan cuatro dólares en invitar a una chica. Les basta con darte con el carnet en las narices.

—Bueno, bueno, no te enfades —el escote mostraba dos dorados senos, prietos y jóvenes—. Me llamo Jackie, y soy muy agradecida. Quizá pudiera ayudarte. ¿Cómo se llama tu amigo?

—Jackman —indicó Valerian—. William Jackman. Fue medalla de oro de los grandes pesos en México.

La rubia arrugó el ceño.

—¡Ese pedante...! —exclamó—. Le conozco, pero no quiero cuentas con él. Se vuelve muy agresivo, cuando ha tomado cuatro copas.

—¿Viene por aquí a menudo? —Cliff hizo un esfuerzo por disimular su ansiedad.

—Sólo cuando tiene dinero en el bolsillo. Ahora lleva unos días sin aparecer por el Drop-to-Drop, pero no desesperes: es posible que

le veas aparecer en cualquier momento entre esas cortinas — respondió Jackie.

Era la única posibilidad de encontrar a Jackman. Confiado en su buena suerte, Valerian decidió esperar.

Tomó, sin prisas, otras dos copas de coñac, al tiempo que Jackie se tragaba con sorprendente facilidad otros tantos *whiskys* dobles.

Dos horas después, Jackie le besuqueaba en las mejillas, increíblemente alegre. Cerca de las dos, Cliff pagó, se despidió de la rubia y efusiva Jackie y se marchó.

Jackman no había aparecido, y posiblemente no lo haría ya.

Sacó el coche del aparcamiento, y se detuvo a la salida, junto a un poste de alumbrado, para permitir el paso a un taxi que llegaba en aquel momento.

Ya se disponía a acelerar, cuando el rostro del hombre que conducía el taxi quedó perfectamente iluminado por el potente foco que colgaba en el extremo del poste.

¡Era William Jackman!

CAPÍTULO VIII

Jackman se disponía a entrar en Drop-to-Drop cuando un «Ford-Mustang» reculó velozmente, y frenó ante él, interrumpiéndole el paso.

—Buenas noches, William —saludó el hombre que se apeó del «Mustang».

—¿Dónde diablos le dieron el carnet de conducir? —Gruñó Will, violento—. Lárguese aprisa o le partiré la cara.

—Siempre tan seguro de ti mismo, querido Will —respondió Valerian, y se giró para que el anuncio luminoso que guiñaba en la fachada del club iluminase sus facciones.

Jackman debió reconocerle en seguida, porque gruñó, burlón:

—¡Pero si es nuestro soldadito! ¿Qué diablos se te ha perdido en Minneapolis?

—Vine hasta aquí para comprobar si al fin te habían metido en la cárcel —respondió Cliff.

—Escucha, pequeño, no voy a permitirte...

Avanzó unos pasos sobre la gruesa capa de nieve, muy seguro de sí mismo.

Le dolía el costado, pero la herida —había comprobado que apenas era un rasguño profundo— había dejado de sangrar hacía rato.

¿Qué era un rasguño para el poderoso cíclope?

Valerian hubo de reconocer que William Jackman era muy capaz de amedrentar a cualquiera: medía casi dos metros, poseía unos hombros tremendamente anchos, un pecho prominente y unos brazos muy largos, cuyos bíceps rellenaban con exceso las mangas de su ancha chaqueta de cuero.

Cliff era un hombre alto, atlético, musculoso, pero Jackman le ganaba en volumen y estatura.

Valerian se apartó de un rápido salto cuando Will quiso

atraparlo de un zarpazo.

—Quieres jugar conmigo, ¿eh? —Gruñó, chasqueado—. Muy bien, soldadito, adelante.

—Soy teniente de «marines», Will. Muy pronto ascenderé a capitán —declaró Cliff, tranquilamente plantado junto a su coche.

—Ah, el soldadito presume... —barbotó el exboxeador olímpico—. No te quedarán ganas de alardear, cuando te haya hundido media docena de costillas. ¿Es que quieres compararte conmigo?

Cliff se desplazó lateralmente, y dejó escapar una carcajada sardónica.

—Jamás se me ocurriría. Yo soy un hombre decente y tú... un cobarde grandullón, que sólo se atreve a abusar de las mujeres —respondió.

Si pretendía enfurecer a Jackman, lo consiguió plenamente.

Will se desplazó sobre la nieve, alzó sus enormes puños de peso pesado, y disparó dos secos trallazos.

Uno de sus golpes abolló el techo del «Mustang», y el segundo hizo saltar en añicos el cristal lateral.

Pero Valerian le había esquivado fácilmente. Y los nudillos del boxeador sangraban.

Además, al jugar la cintura, su herida del costado había vuelto a abrirse, y debía estar sangrando ya, a juzgar por el intenso escozor que le obligaba a morderse los labios.

Súbitamente, Valerian saltó sobre él.

En una prueba de increíble agilidad, se elevó en el aire, y sus zapatos golpearon rudamente el rostro de Will, que sintió el sabor de la sangre inmediatamente y se tambaleó, sin llegar a caer.

—Te destrozaré —barbotó. Y se limpió la sangre, de un manotazo salvaje.

Valerian se movió a su izquierda, y le golpeó bestialmente en el estómago, sin que Jackman llegase siquiera a rozarle con sus puños.

—En memoria de Sheila —exclamó Cliff. Y esperó la bronca acometida de su contrario.

Un puñetazo le rozó el hombro y le arrancó la piel, pero Valerian estrelló, sus dos puños en las cejas de Jackman, que retrocedió, cebado.

A la luz del anuncio luminoso, Cliff vio correr la sangre por su rostro.

Jackman, medalla de oro en México, jadeaba.

Su ceja se había partido, y la sangre le cegaba. A pesar de lo cual, aspiró aire como un animal, y se lanzó contra Valerian, como un rinoceronte esquizofrénico.

Los dos hombres rodaron sobre la nieve.

Un golpe de Will se estrelló contra un poste metálico que sostenía una señal de dirección obligatoria, y arrancó un sonido vibrante del metal.

Sus nudillos, en carne viva, dejaron un rastro rojizo sobre la nieve.

Pero cuando quiso volver a golpear, Valerian se había arqueado como un fleje de acero, y se ponía fácilmente lejos de su alcance.

—Te mataré —farfulló el boxeador.

Cliff esperaba su ataque, pero le vio introducir la mano izquierda en un bolsillo de su chaqueta de cuero, y comprendió que Jackman no estaba dispuesto a continuar la pelea con los puños.

De un salto, atravesó el aire y cayó al otro lado del taxi que Will había abandonado unos minutos antes...

La detonación restalló secamente, y la bala destrozó la luneta posterior del vehículo.

Dos jóvenes meretrices, que acababan de abandonar el club, acompañadas por dos caballeros de cierta edad, chillaron estridentemente, y retrocedieron con urgencia.

Jackman contorneó el coche. Las gotas de sangre, que brotaban, abundantes, de su mano magullada, dejaron un rastro detrás de él.

—¡Sal de ahí! —Gruñó.

Rodeó el coche y... se volvió al comprobar que Valerian no estaba a la vista.

Un suplo helado acarició su rostro. Dos secos puñetazos se estrellaron, potentes, en su tabique nasal, y el hueso se rompió con un crujido desagradable.

Valerian le arrebató la pistola-ametralladora de una salvaje patada, que dejó insensibles sus heridos dedos.

Luego, repentinamente, Jackman se vio proyectado hacia adelante, con la cabeza gacha, y su cráneo golpeó contra el taxi y dejó un enorme bollo sobre las planchas.

Por un instante, se sintió conmocionado por el tremendo golpe, y luego notó que la sangre, tibia, empapaba sus cabellos pajizos.

—Lárgate, Will —ordenó Valerian, a tres pasos de él—. Márchate antes de que vuelva a recordar el rostro de Sheila London... Vete o te mataré.

Cliff le puso en pie, y le empujó hasta el coche.

Estuvo vigilándole hasta que Jackman se dejó caer tras el volante.

Le vio girar la llave de contacto, y el coche retrocedió, volvió a avanzar y se alejó como conducido por la mano de un beodo.

Cuando los pilotos del vehículo se perdieron en la noche, Valerian sacó un pañuelo, y se secó las manos, manchadas de la sangre de Jackman.

Se sentía mejor, ahora.

—Ojalá se marche de Minneapolis para no volver —deseó fervientemente.

Ya se disponía a volver al coche, cuando algo brilló sobre la nieve.

No era una gota de sangre casi fundida, sino una sortija de oro, con un bello topacio engarzado.

Se inclinó, lo cogió y lo observó, demudado.

¡Era el solitario de Jonathan Valerian!

No había dudas: Jackman lo había perdido en la pelea. Seguramente, lo llevaba puesto en el dedo meñique, y la sortija, quizá demasiado ancha para aquel dedo, se había empapado en sangre y deslizado hasta el suelo.

¿Por qué estaba la sortija en poder de Jackman? Sencillamente: porque Will se la había arrebatado a su padre, después de muerto.

Si Jackman había matado a su padre o no, debería averiguarlo después la policía, pero ahora, tras la sorpresa, era preciso detener al fugitivo.

Saltó a su coche y arrancó. Las ruedas elevaron surtidores de nieve, al tomar la curva.

Corrió como un loco, sorteando el tránsito, pero quince minutos después se detenía: había perdido la pista de Jackman, que le llevaba excesiva ventaja. Entonces, decidió ponerse en contacto con el teniente McLean.

Jonathan Valerian reposaba para siempre, en el cementerio de Minneapolis.

Sheila se había empeñado en asistir al sepelio. Y allí estaba,

junto a Cliff Valerian, veladas las facciones por un velo oscuro. También habían acudido James y Lucille London, sus padres.

Las lágrimas habían corrido, incontenibles, por las bronceadas facciones de Valerian. Pero ahora ya sus ojos estaban secos.

Con un gesto mudo, Cliff estrechaba las manos de las personas que llegaban hasta él para manifestarle su pesar.

Pero Valerian no veía aquellos rostros amigos, porque el recuerdo de Will Jackman le obsesionaba.

La policía había emprendido una colosal operación para la busca y captura del fugitivo. Centenares de agentes motorizados, y policías de paisano, habían tamizado la ciudad minuciosamente, sin dejar un solo local público por registrar.

Sin embargo, Jackman no fue encontrado.

A primera hora de la mañana, las emisoras de radio, y más tarde la televisión, emitieron boletines de noticias, en los que se facilitaba una escrupulosa descripción de William Jackman, antiguo campeón olímpico de boxeo, sospechoso de robo con homicidio.

Valerian confiaba en que, de un momento a otro, el teniente McLean le llamase para darle la noticia de la detención de Jackman.

Sin embargo, eran ya las cinco de la tarde, y el fugitivo no había sido hallado.

¿Qué recursos poseía Will Jackman, que le permitieran escapar al extenso copo de las fuerzas policiales...?

Valerian saludó a los últimos amigos que habían acudido a despedir a Jonathan Valerian para siempre, y se reunió con Sheila y sus padres.

Caminaron lentamente hasta el aparcamiento anexo al cementerio, y se detuvieron junto al «Mustang» de Valerian, que ocupaba la primera fila de vehículos.

Por el contrario, el gran «Buick» de los London se encontraba en mitad de los centenares de automóviles estacionados en aquella zona.

—Esperad —dijo Sheila a sus padres—. Traeré hasta aquí el coche.

La vieron caminar entre los vehículos, sentarse al volante del «Buick» y esperar un par de minutos hasta que fueron desfilando los automóviles que le impedían salir.

James London pronunció una interjección, y Cliff volvió de su

fugaz abstracción.

—¿Qué ocurre?

—¡Sheila! —exclamó el señor London—. ¡Se marcha!

Pasmado de asombro, Valerian vio que el «Buick» rodaba velozmente hasta desaparecer en la avenida Madison.

James, Lucille y él mismo se miraren, estupefactos.

—No lo comprendo... —murmuró Cliff.

—Tal vez recordó algo urgente, de improviso —aventuró el señor London.

—No me gusta nada, —respondió Valerian, preocupado.

Abrió la portezuela de su coche, y exclamó:

—¡Suban, por favor! Voy a seguir a Sheila.

Los London eran personas mayores, y tardaron unos segundos preciosos en acomodarse en el asiento posterior.

Por desgracia, cuando Cliff arrancó, varios coches se interpusieron en su camino, y le cortaron el acceso a la avenida Madison.

Tuvo que aguardar, al borde de la paciencia, hasta que el embotellamiento se fue solucionando.

Cuando, al fin, rodaron libremente a lo largo de la ancha avenida, el «Buick» había desaparecido.

—¿Qué hacemos? —preguntó la señora London, muy nerviosa.

—Les llevaré a casa. Espero que encontremos a Sheila allí —decidió Valerian, esperanzado.

Se aproximaban a la lujosa residencia de los London cuando oyeron el alarido potente de una sirena.

Cliff tuvo que desviarse a la derecha y aflojar la marcha para dejar paso al camión de bomberos, que les adelantó a gran velocidad.

A una distancia aproximada de trescientos metros, una gran humareda se elevaba hacia el cielo plomizo.

Valerian tuvo un presentimiento.

Y lo comprobó unos minutos después: la residencia de los London ardía por los cuatro costados.

CAPÍTULO IX

El oficial de bomberos tenía el semblante negruzco, y su traje protector de amianto abrasaba.

—Lo siento, señor London, pero es absolutamente imposible penetrar ahí —informó—. Lo hemos intentado varias veces, pero el interior de la casa se ha convertido en un gigantesco brasero. La parte superior es de madera, en su casi totalidad y...

Las rodillas de Lucille London se doblaron, y su esposo tuvo que tomarla por los brazos para impedir que se golpeará contra el suelo.

Valerian se abrió paso entre los bomberos, y avanzó temerariamente hacia la casa en llamas.

—¡Detente, Cliff, por amor de Dios! —gimió James London—. ¡Al fin y al cabo, no tenemos la seguridad de que Sheila esté ahí dentro!

Pero el teniente de «marines» avanzó a través del jardín, como si no le hubiera oído.

Un bombero se arrojó sobre él, intentando detenerle, pero Cliff le esquivó de un salto, tomó uno de los trajes de amianto depositados junto al camión, y se perdió entre las llamas.

El chorro de la manguera le siguió, tratando de derribarle, pero la bocanada de fuego que brotaba de una ventana le engulló.

—¡Loco! —exclamó el oficial de bomberos—. ¡Morirá abrasado!

Entretanto, Valerian saltaba entre las llamas, cruzaba el vestíbulo y ascendía, de cuatro en cuatro, los peldaños de la escalera que llevaba a la planta superior.

—¡Sheila, Sheila, amor mío! —gritaba desesperadamente.

Parte de la techumbre de vigas de madera se derrumbó a su espalda, y un chorro de chispas se elevó desde la escalera.

Valerian sólo tenía una obsesión: rescatar a la mujer que amaba..., si se encontraba en la casa.

En cuanto se detuvieron ante la incendiada residencia de los

London, Cliff esbozó aquella idea: Sheila había recordado, de repente, que algo había quedado encendido o conectado en la casa. Por eso había huido, sin darles explicaciones.

Tal vez la casa estaba ya ardiendo cuando ella llegó, y el fuego, incrementado en pocos minutos, le había impedido la salida.

Visiones de pesadilla le asaltaron.

Veía a Sheila corriendo locamente a través de los pasillos, con los cabellos ardiendo y los vestidos en llamaradas, abrasando su cuerpo.

Sheila, caída en el suelo, lanzando espantosos alaridos...

Sheila, muerta...

Sheila, carbonizada...

Cruzó velozmente el mirador encristalado, y penetró como una tromba por la puerta de la alcoba de Sheila, en cuyas hojas de roble había prendido también el fuego.

Todo ardía dentro de la casa, incluido el lecho de Sheila. Pero la mujer no aparecía.

El traje de amianto con que se cubría Valerian humeaba, como consecuencia de la altísima temperatura.

Volcó la cama, abrió los armarios, en su loca búsqueda.

Su imagen se reflejó en el espejo, y Cliff se desprendió a manotazos de la cortina que ardía sobre su traje de amianto.

Rápidamente, abandonó la alcoba y comenzó a registrar las restantes dependencias, sin hallar a Sheila.

Decidió registrar la planta baja... mientras pudiera soportar la temperatura infernal que reinaba en la casa.

Una inmensa hoguera, formada por gruesas vigas desprendidas del techo, le obligó a saltar desde cinco metros de altura, puesto que era imposible utilizar la escalera.

Cayó sobre el piso de madera, y rodó varios metros antes de ponerse en pie, y proseguir su dramática búsqueda.

Una viga le alcanzó, en el gran salón central. El golpe fue tan rudo que, por unos segundos, Valerian perdió la respiración.

Su traje de amianto se había desgarrado en la espalda, y su piel abrasaba.

A pesar de ello, siguió buscando desesperadamente.

Quería tener la seguridad de que Sheila no se encontraba allí.

Finalmente, incapaz de resistir la elevadísima temperatura,

medio asfixiado, y con los cabellos chamuscados saltó a través de los cristales de una ventana, y rodó sobre el césped.

El chorro de agua fría de una manguera le empapó inmediatamente.

Chorreando, grotescamente tizado el rostro, atravesó el jardín. Se tambaleaba y tosía desafortadamente, cuando fue rescatado por dos bomberos y llevado al puesto de socorro.

En el interior de una ambulancia, bañaron su rostro en pomada, y le facilitaron un mono seco y limpio.

James London vino a verle, minutos después.

—¿Qué...? —preguntó London, ansioso.

—Gracias a Dios, Sheila no está en medio de esa hoguera. Lo he registrado todo. No está.

—Pero ¡Dios santo!, ¿dónde?

—No lo sé, pero empiezo a sospechar que...

—Cliff, creo que debo decírtelo —le interrumpió James London.

—¿De qué se trata?

—No quise decírselo a Sheila ni a mi esposa, pero esta mañana descubrí en el jardín el cadáver de nuestro perro, un gran *doberman* al que llamábamos «Moloch». Le habían roto el cuello. No quise decir nada a las mujeres por no asustarlas, pero ahora...

—¿Quién cree que lo hizo?

—Déjame terminar. Hace un momento, el oficial de bomberos me pidió unas herramientas. Le guié hasta la caseta donde se guardan, detrás de la casa, junto a los sauces. La puerta de la caseta estaba descerrajada. Había colillas de cigarrillo en el suelo, y los restos de un bocadillo.

A Valerian le brillaron los ojos de interés.

—¡Naturalmente, debí imaginarlo...!

—¿A qué te refieres, Cliff? —preguntó London.

—Era el único sitio donde la policía no podría encontrarle: esta casa, la caseta de las herramientas.

—¿Jackman? —inquirió London, aterrado.

—Sí. Pasó la noche en la caseta, después de matar a «Moloch». Cuando abandonó su escondite, esta tarde, decidió pagarles el hospedaje de la única manera que Jackman sabe hacerlo: incendió la casa. Tal vez imaginaba que ustedes dos estaban dentro.

—¡Dios mío! —gimió el padre de Sheila—. ¡Ese hombre es un

monstruo...!

—No puede imaginarlo bien, señor —respondió Cliff, pálido—. No quiero alarmarle, pero mucho me temo que en estos momentos Sheila esté en poder de William Jackman. James London hundió el mentón en el pecho. Se sentía aterrado.

Sheila se sentó tras el volante, cerró la portezuela y buscó las llaves del coche en su bolso.

—Buenas tardes, amor mío.

Se volvió, de un brinco.

Escondido tras el respaldo de su asiento, Will Jackman la apuntaba con un revólver.

Presentaba un aspecto horrible, con sus pajizos cabellos manchados de sangre seca, una enorme brecha en la frente, los ojos brillantes, hundidos en las cuencas, las facciones demacradas y barbudas, manchadas de sangre...

—¡Will! —gimió la joven, horrorizada.

—Sí, soy yo, nena: tu querido esposo... aunque no tenga una facha muy presentable. —Jackman sonreía con una mueca horrible—. Veo que has salido adelante...

—¿Qué... qué quieres decir?

—Creí que te había matado a golpes, querida. Pero veo que eres muy fuerte y resistente. Tanto mejor. Me servirás de mucho.

—¡Will, por lo que más quieras, baja del coche, déjame! —sollozó Sheila—. ¿No me has hecho ya bastante daño?

Pero Jackman dejó escapar una risotada.

—Ese velo te sienta muy bien. Se diría que eres una joven viuda... ¡Pero yo no he muerto aún! El velo... impedirá que Valerian pueda advertir tus lágrimas y tu gesto de horror... ¡Mete la llave en el contacto, y sal de aquí! Si no lo haces, si tratas de engañarme, dispararé.

—¡No... no puedo! Hay muchos coches, que me impiden la salida —gimió Sheila, estremeciéndose de espanto.

—Está bien, está bien. Tranquilízate, procura dominar tus nervios o... las balas de mi revólver destrozarán tu linda cara. Espera a que el camino esté libre, y entonces, arranca —fue dictando Jackman.

Ella introdujo la llave en el contacto, y arrancó despacio, al tiempo que el forajido se dejaba caer tras el respaldo.

En cuanto alcanzaron la avenida Madison, Will saltó sobre el respaldo, y se dejó caer junto a Sheila.

Ella le miró de reojo.

Vio una gran mancha sanguinolenta, ya seca, en el lado izquierdo de la chaqueta del hombre.

—¡Estás herido! —exclamó—. ¡Tu pecho..., tus manos...!

—Nada importante, mi adorada esposa —gruñó Will—. En pocos días, estaré bien... si tú me sacas de la trampa en que el soldadito me ha metido. Supongo que estás enamorada de él. ¡No, no lo niegues! Valerian tiene todo lo que yo jamás tuve...

—No tenía nada. Cliff se sacrificó para ser lo que es hoy. Tuvo fuerza de voluntad, amor propio... —protestó Sheila, nerviosa.

Will jadeó y tosió violentamente.

—No seas estúpida, Sheila; Valerian tuvo suerte, eso es todo.

Sobreponiéndose al miedo, ella le miró fugazmente.

—¿Suerte? —clamó, rabiosa—. Durante el tiempo que tú gastaste en emborracharte, fanfarronear y emprender locas aventuras con tus amigos, Cliff se hizo un hombre, una carrera. El... vivió muchos años lejos de sus amigos, de su padre y...

—Y de ti —bramó Jackman.

—Y de mí —admitió ella, valiente—. Dime, Will: ¿Cuántas noches he tenido que recogerte, borracho, a la puerta de la casa de mis padres? Tú... agradecías mi entrega y mis desvelos con frases groseras, insultantes; con golpes salvajes... Yo procuraba disimular ante mis padres, te disculpaba siempre. Pero tú estabas embrutecido, y me golpeabas ferozmente. Una vez me rompiste un brazo. Mis padres creyeron que me lo había fracturado casualmente, en una caída fortuita, en la escalera. Tú jamás me amaste, Will; sólo te amabas a ti mismo...

—¡Cállate! —rugió Jackman. Y desvió de un zarpazo el volante del automóvil, que bandeó peligrosamente hasta que Sheila consiguió enderezar la marcha.

—Sólo te hice bien —susurró la joven, luego—. Me llevas siete años, pero yo era más madura y sensata que tú... Decías que estabas harto de mis padres, que querías ser independiente, tener nuestro propio hogar..., pero nada hacías por conseguirlo. Juergas, francachelas, terribles borracheras, de las que tardabas tres o cuatro días en recuperarte. Dormías como un animal, cociendo tus

borracheras, y apenas te despertabas para martirizarme y golpearme. Luego tornabas a beber, a embrutecerle, como si la vida para ti sólo fuera vicio y podredumbre...

—Tuerce a la derecha. Vamos por la carretera Treinta y Cinco, en dirección al lago Superior —indicó Jackman ferozmente.

—Sigue tú solo —decidió Sheila—. Llévate el coche. Te daré algún dinero...

Pero Jackman alzó la mano izquierda, y aproximó su revólver a la sien de la joven.

—No me interesa nada de eso. Sólo te quiero a ti... porque tú significas mi pasaporte. ¡Acelera! Vamos a llegar a la Treinta y Cinco. Probablemente, encontrarás un control policíaco en el acceso a la autopista. Procura no perder la serenidad, y escucha mis instrucciones: vas a detenerte en el arcén. ¡Suavemente! Así...

Jackman se volvió bruscamente, y agarró la maleta. La abrió con un movimiento enérgico, y mostró su contenido.

Los bellos ojos de Sheila London se desorbitaron, al contemplar los fajos de billetes y el fusil ametrallador, con su cañón desmontado.

—¿Qué te propones?

—Voy a bajar del coche. Cruzaré la autopista por el paso inferior, a pie. Tú me recogerás quinientos metros más allá, pasado el control de la policía. Pero no te dejes llevar por la tentación: mi fusil está dotado de mira telescópica, y sabes perfectamente que poseo una puntería infalible. Si me denuncias a los policías..., si advierto el menor ademán sospechoso, tiraré a malar sobre ti, ¿has comprendido?

—¿Serías capaz de hacerlo? —susurró Sheila, aterrorizada.

Jackman la miró con ojos febriles.

—Sí —afirmó—. Ten en cuenta que soy como una fiera acorralada, que pugna por escapar.

—¿Qué debo hacer, una vez cruzado el control? —preguntó ella.

—Te detendrás junto al motel Sun. Yo me acercaré a ti, desde los árboles que rodean el motel. Sigue al pie de la letra mis instrucciones, y todo irá bien. Eso es todo.

Jackman tomó la maleta y descendió.

Las huellas de sus enormes pies quedaron profundamente marcadas sobre la nieve que cubría la cuneta.

CAPÍTULO X

El coche patrulla de la policía le adelantó y le cortó el paso.

Cliff descendió del «Mustang», inquieto, y fue al encuentro del agente que venía hacia él.

—¿Cliff Valerian?

—Sí. ¿De qué se trata?

—Me envía el teniente McLean. Puede estar tranquilo, señor Valerian. La mujer que ustedes buscaban ha sido vista hace media hora en la carretera Treinta y Cinco —informó el policía.

—¿Se refiere a Sheila London?

—Sí. Pasó uno de los controles, a bordo de un «Buick» azul. Iba sola. Supongo que eso le tranquilizará...

El policía se refería a la denuncia que Valerian había hecho ante el teniente McLean, poco antes de que James London y él mismo visitaran a Lucille en la clínica en la que había sido ingresada.

—Sí, gracias —contestó al policía—. Pero ¿están seguros de que era ella?

—Absolutamente. Llevaba un velo tapando su rostro, y uno de los agentes la invitó a mostrar su faz, después de comprobar su documentos. Era ella, sin lugar a dudas, aunque sus facciones estaban cubiertas de hematomas.

Valerian volvió a dar las gracias, y regresó a su coche.

Pero, en el fondo, no se sentía nada tranquilo, porque en su mente existían demasiadas preguntas sin respuesta.

«Sheila ha debido volverse loca, se ha trastornado», pensó.

No podía explicarse, de otra forma, el hecho de que ella hubiera huido, de improviso, del cementerio.

¿Por qué, en lugar de reunirse con Cliff y con sus padres, emprendía aquel loco y absurdo viaje hacia el norte?

Cliff abandonó el centro de la ciudad a toda la velocidad que le permitía el tránsito, y alcanzó la carretera de circunvalación y,

finalmente, la carretera Treinta y Cinco.

Perdió unos minutos en el control policíaco.

—¿Es usted el policía que reconoció a Sheila London? — preguntó al agente que tomó su documentación.

—En efecto, señor Valerian.

—¿Está seguro de que ella viajaba sola?

—Desde luego. Inspeccionamos minuciosamente su coche, e incluso abrimos su maletero, siguiendo las instrucciones que hemos recibido —respondió el hombre de uniforme.

Valerian reemprendió la marcha.

Estaba anocheciendo ya, y los automóviles rodaban lentamente por la autopista interrumpida su marcha cada pocos kilómetros por las operaciones de las pesadas máquinas quitanieves, que trabajaban sin descanso para despejar el firme de la gruesa capa de nieve.

La nevada se hizo más intensa, y Valerian hubo de aflojar la marcha.

Escudriñaba con gran atención la pista nevada que se extendía ante él, y también los moteles y estaciones de servicio situados a uno y otro lado de la carretera.

En ocasiones, se detenía al ver un «Buick» azul detenido ante un restaurante o un motel. Al comprobar que no se trataba del coche de Sheila, preguntaba a los barman o a los encargados de las gasolineras, e invariablemente recibía una respuesta negativa.

Muy cerca de Pine City, se detuvo a cargar el depósito de combustible.

El corazón le dio un vuelco al ver, dentro del garaje anexo, un Buick azul: ¡era el coche de Sheila!, matrícula INDIANA-44CS.

Pagó la gasolina, y agregó cinco dólares de propina al empleado.

—¿Sabe dónde fue la mujer que viajaba en ese «Buick»? — preguntó, ansioso.

—Siguieron camino hacia el norte.

—¿Siguieron?

—Sí. Con ella viajaba un hombre corpulento, al que no pude ver muy bien —respondió el empleado.

—Pero el coche...

—El mío, un «Rambler» gris, tenía puestas las cadenas. La mujer me dijo que no podía perder el tiempo en poner cadenas al suyo, y

me ofreció quinientos dólares por mí «Rambler» y su «Buick», que es un coche más caro que el mío. Naturalmente, acepté, encantado.

—¿Qué matrícula es su «Rambler»? —inquirió Valerian, impaciente.

—Oiga, amigo, no sé si debo...

Pero Cliff puso otros diez dólares en su mano, y el empleado se apresuró a colaborar:

—INDIANA-6651 —respondió.

Valerian le dejó con la palabra en la boca, y volvió a la carretera.

Su premonición se había cumplido: Sheila no estaba haciendo aquel descabellado viaje hacia el norte, por su libre voluntad.

El hombre corpulento que le acompañaba... no podía ser otro que Jackman.

No podía hacerse muchas ilusiones respecto al desenlace de los acontecimientos.

Will Jackman era un forajido, un criminal, un asesino. Fuese como fuese, había conseguido secuestrar a Sheila.

¿Para qué...?

Como salvoconducto para salir de Minneapolis o..., para matarla.

Pensando en todo ello, Valerian llevaba las manos tan crispadas sobre el volante que, al tomar una curva, su automóvil derrapó y estuvo a punto de despistarse.

—Sheila, Sheila —murmuraba—. ¡Pobre amor mío...!

Lágrimas de angustia y de rabia resbalaban por sus mejillas. Un gran camión se cruzó con él, y Cliff se limpió las lágrimas de un rudo manotazo, a punto de ser deslumbrado.

Se prometió olvidar sus negros presentimientos. Necesitaba de todos sus sentidos para continuar aquella ruta difícil, en pos del coche que conducía Sheila London.

Se detuvo unos minutos en Pine City, entró en una cabina telefónica, y telefoneó al teniente McLean.

—¿Por qué no me informó antes? —respondió el policía, disgustado—. Se ha metido en un asunto peligroso, Valerian. Abandone, deje que nosotros realicemos ese trabajo.

—No pienso abandonar nada. Sé que Sheila viaja en compañía de un asesino peligroso, y sé que pueden despeñarse en cualquier

momento. La carretera está cubierta de nieve, y la nevada cada vez se hace más intensa. ¿Cómo puede aconsejarme tal cosa. McLean? Posiblemente, Sheila no llegue con vida al día de mañana —clamó Cliff, desesperado y rabioso.

—Usted acaba de decirlo: las condiciones atmosféricas no permitirán que las operaciones policiales se resuelvan con éxito. De todas formas, le prometo que me pondré en comunicación, por radio, con los agentes de carretera, y daré la orden de que el coche cuya matrícula acaba de indicarme sea retenido.

—Se lo ruego, McLean: tengan en cuenta que una mujer inocente acompaña a Jackman —exclamó Valerian.

—Se lo prometo. Supongo que Jackman trata de escapar al Canadá. Si las condiciones meteorológicas y el estado de las carreteras se lo permiten, podría alcanzar la frontera, por International Falls, antes del amanecer. Ha escogido la mejor hora porque durante la noche, y con esa nevada, los helicópteros de la policía no podrán despegar ni, por tanto, controlar las carreteras desde el aire. De todas formas, tenga confianza, Valerian. Y ya que se empeña en continuar, manténgase en contacto conmigo, a lo largo de la ruta —recomendó el policía.

—Se lo prometo —contestó Cliff. Y colgó.

Volvió al coche. Se sentía confuso.

¿Qué sería mejor? ¿Detener el «Rambler» cuanto antes o permitir que Will Jackman alcanzase la frontera?

Quizá la segunda solución fuera la más razonable. Si Jackman se sentía a salvo, en tierras canadienses, tal vez decidiese dejar marchar libremente a Sheila.

Si Valerian esperaba tal decisión por parte del forajido, se equivocaba. No conocía bien la retorcida psicología del criminal...

—¡Para ahí! —Gruñó Jackman.

Sus dientes castañeteaban y, de vez en cuando, un escalofrío febril le estremecía convulsivamente.

Sin embargo, la calefacción del coche estaba al máximo, y la temperatura era muy agradable.

—¿Por qué me miras así? —exclamó él, destempladamente—. No voy a morir, ni podrás librarte de mí, querida.

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó Sheila, encogida en su asiento, tras el volante.

—Necesito ropa nueva, y ahí mismo tenemos un supermercado. Vas a bajar. Me comprarás una «trenka» de piel y ropa interior suficiente. Necesitamos también alimentos preparados. Compra todo lo necesario... ¡Toma!

Sheila tomó en sus manos el fajo de billetes que Jackman acababa de poner bruscamente sobre sus muslos.

Will sacó el fusil ametrallador, y montó el cañón rápidamente.

—Te estaré vigilando a través de la mira telescópica. Procura estar siempre a la vista.

—En cuanto deje de verte... comenzaré a disparar. Piénsalo: no se trata de ti solamente. Ahí dentro hay centenares de mujeres y niños —barbotó.

Viendo que Sheila parecía indecisa, alargó su brazo, abrió la portezuela y la empujó salvajemente.

Sheila se alzó del suelo dolorida, y se dirigió al próximo almacén.

A través de los cristales, miró hacia el coche. Como había prometido, Jackman le apuntaba con el fusil, dispuesto a todo.

Tardó poco más de quince minutos en volver, con cuatro enormes bolsas, que Will fue tomando y arrojando, de cualquier manera, sobre el asiento posterior.

—He tenido que pagar con mi dinero —anunció ella, devolviéndole, intacto, el fajo de billetes—. El tuyo es falso.

—¡Falso! —rugió Jackman, incrédulo, estrujando los billetes en su mano izquierda—. ¿Es que intentas enfurecerme?

—Puedes creer lo que quieras, pero la cajera ha examinado los dos billetes que le entregué, y los ha rechazado. Sin duda, habrá telefoneado al gerente para informarle de ello, aunque me he apresurado a buscar en mi bolso, y he pagado la cuenta con mi propio dinero. Legítimo, desde luego.

Jackman dio al contacto y exclamó ferozmente:

—¿Y qué diablos esperas, estúpida? ¡Vamos, arranca! Esos cerdos llamarán a la policía y darán tu descripción.

Volvieron a la carretera.

A unos seis kilómetros de Pine City, Jackman pronunció un soez juramento.

Una potente luz ámbar destellaba en mitad de la carretera.

—¡Policía! —Gruñó—. ¡No te detengas, sigue adelante!

—Pero... dispararán contra nosotros —gimió Sheila, aterrada.

—¡Sigue!

El «Rambler» cruzó como un bólico junto al coche patrullero y uno de los agentes tuvo que saltar atrás apresuradamente para evitar ser arrollado.

Unos minutos después, Sheila escuchaba una sirena.

—¡Nos persiguen! —murmuró la mujer.

Jackman alzó el rifle y lo sacó por la ventanilla.

—Está bien, aminora la marcha —ordenó.

El auto patrulla apareció en una curva próxima. Jackman apuntó por encima de sus faros y disparó a gran velocidad.

El alarido de la sirena se fue extinguiendo lentamente y Sheila dejó de percibir sus faros en el espejo retrovisor.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —preguntó, llena de angustia.

—Les he acertado. Creo que el coche se ha despeñado —respondió Jackman—. Y soltó una risotada.

La mujer se sintió espeluznada por la fría indiferencia de que hacía gala el forajido.

Entretanto, Jackman había soltado el fusil ametrallador y se cambiaba de ropa, tras lo cual arrojó una camisa y la chaqueta de cuero ensangrentadas fuera del coche.

La marcha cada vez se hacía más lenta y penosa. Rodaban o través de una zona de colinas y cuesta arriba el coche patinaba a menudo sobre una capa de nieve de más de cuarenta centímetros.

Los copos de nieve se abatían, densos, contra el parabrisas, y la nieve se amontonaba sobre el capot y dificultaba enormemente la visión.

Will, devorado por la fiebre, notaba que se le cerraban los ojos. De cuando en cuando parpadeaba, adormecido, pero en seguida volvía a abrir los ojos, receloso.

—Un buen trago, eso es lo que necesito —murmuró.

—En una de esas bolsas hay una botella de *whisky* —indicó Sheila.

Jackman se apresuró a buscarla. La abrió y bebió un largo trago. Sus ojos brillaron, como si hubiera recuperado un soplo vital.

En pocos minutos había consumido media botella de licor.

Sheila había tenido que cambiar a tercera e incluso a segunda. Ya los bordes de la carretera eran imperceptibles y a veces ella se

preguntaba si rodaban sobre el firme o a campo través.

Luego, de repente, el coche cabeceó con violencia y las ruedas motrices giraron inútilmente, elevando torbellinos de nieve a sus espaldas.

—¿Qué diablos has hecho?

—Creo que... nos hemos salido del firme. No podremos seguir —respondió la joven.

—Déjame a mí —exigió Will, feroz. Pero pocos minutos después se rendía a la evidencia: el coche se había atascado y sólo una grúa podría sacarlo de aquel lugar.

—¡Fuera! —rugió Jackman.

Obligó a la mujer a tomar varias bolsas con los víveres y él se reservó la maleta, el fusil y una linterna.

Un momento después, emprendían la marcha a través de la montaña. Remolinos de nieve se alzaban a su paso.

CAPÍTULO XI

Valerian frenó tan bruscamente, que su coche siguió patinando durante quince metros antes de inmovilizarse por completo.

Se apeó y retrocedió.

Al borde de la carretera se inclinó sobre aquellas prendas de ropa manchadas de sangre seca.

Volvió a la carrera al coche y lo puso en marcha. Ahora estaba seguro de que llevaba el buen camino.

El «Rambler» que conducía Sheila London había pasado por allí poco antes, puesto que aquellas ropas sólo aparecían cubiertas por una pequeña capa de nieve. Por otra parte, las profundas rodadas del vehículo eran claramente visibles.

Cinco kilómetros más allá, y ya en las estribaciones de la montaña, Valerian vio el coche en un profundo hoyo.

Hubiera seguido adelante, pasando de largo, de no ser porque los faros del «Rambler» estaban encendidos y, dirigidos a lo alto, iluminaban las nevadas ramas de los pinos.

Estacionó su coche en la cuneta, dejó encendidas las luces de situación y se echó fuera.

El viento helado golpeó su rostro y Valerian tuvo que elevar el cuello de su chaquetón de cuero para protegerse de la ventisca.

Con una linterna en la mano, abandonó la carretera y siguió las huellas profundamente impresas en la nieve.

—No pueden llevarme mucha ventaja —dedujo—. La nieve aún no ha borrado sus huellas.

El frío era tan intenso que pronto sus manos comenzaron a helarse, a pesar de sus guantes forrados de fina piel de borrego.

Su galopada sobre la nieve se convirtió luego en paso largo y finalmente sus piernas se movieron más lenta y pausadamente.

Se detuvo un momento para tomar aliento.

Sólo se oía el zumbido del viento y el lejano aullido de los lobos.

A su pesar, Cliff se estremeció.

¿Qué otra cosa podía esperar el loco que se arriesgase a través de la montaña en una noche tan inhóspita... sino ser devorado por una manada de lobos?

Pensó en Sheila, sometida a la brutalidad de Will Jackman, en aquellas salvajes soledades, y decidió que valía la pena arriesgarse incluso a ser devorado por los lobos.

Siguió avanzando entre los pinos. Dio una patada a algo brillante, parcialmente oculto por la nieve.

Era una botella de *whisky*, vacía.

Coronó un ventisquero y contempló el profundo valle poblado de pinos.

Súbitamente restalló la potente detonación. Y casi simultáneamente una bala arrancó una colosal corteza del árbol más próximo y las húmedas astillas arañaron su rostro helado.

Un segundo y rápido disparo le arrebató la linterna de la mano derecha y la bala se alejó, dejando tras sí un fúnebre maullido.

Valerian se dejó caer a tierra con gran urgencia y aplastó su rostro contra la nieve.

Un nuevo impacto elevó un surtidor de nieve muy próximo a su cabeza, con lo cual Cliff se apresuró a rodar sobre sí mismo pendiente abajo hasta que un tronco detuvo su caída.

Permaneció inmóvil durante unos segundos, esperando de un instante a otro que Jackman apareciera, en la cima del ventisquero, rifle en mano.

El viento, fortísimo, trajo hasta él el grito desesperado de Sheila: —¡¡Huye, Cliff, aléjate!! ¡Jackman te acribillará!

Luego se oyó un gemido lejano, que el viento se llevo presuroso.

Valerian se puso en pie y corrió encorvado en sentido tangencial al roquedal de donde creía provenían los disparos.

Resbaló docenas de veces, expuesto a despeñarse por alguno de los profundos y negros precipicios que bordeaban el ventisquero.

Llevaba el revólver en la mano y los ojos bien abiertos, ansioso por vislumbrar la alta silueta de Jackman.

En varias cortas y rápidas carreras llegó a la base del roquedal.

Escaló los peñascos poco a poco, porque sus manos heladas no lograban afianzarse con firmeza a las rocas.

Sobre el suelo, cubierto de blanca nieve, era fácil distinguir

cualquier objeto situado a cincuenta metros de distancia.

Poco a poco fue contorneando la mole pétrea.

Miró al otro lado y... vio a Sheila derribada sobre la nieve.

Locamente se abalanzó sobre ella y acarició sus cabellos.

—¡Sheila, Sheila, alma mía! —murmuró, despavorido.

Parecía muerta, tan pálida como la misma nieve.

Los guantes de Valerian se mancharon de sangre.

De repente, una sombra se abatió sobre él.

Valerian notó un agudísimo dolor en su izquierda. El revólver cayó rodando sobre la nieve y se detuvo a varios metros de distancia.

Sobreponiéndose a su intenso sufrimiento. Cliff se volvió y trató de incorporarse. Al apoyarse su mano izquierda sobre la nieve, un alarido brotó de sus labios... ¡Los dedos de su mano izquierda estaban rotos...!

Un brutal culatazo en el parietal derecho le arrojó sobre la superficie helada.

Un segundo antes de perder el conocimiento, Cliff Valerian, tendido boca arriba, vio a Will Jackman, que elevaba el rifle y apuntaba.

Sintió una densa angustia y sus músculos se contrajeron en un último y desesperado intento por escapar a la muerte.

Algo estalló en su cabeza y Will perdió el sentido.

CAPÍTULO XII

Soñó que los lobos devoraban sus entrañas.

El trataba de apartarlos a golpes, a puñetazos... Pero eran tantas las hambrientas alimañas que rugían a su alrededor, que apenas lograba ahuyentar a una, cuando cinco o seis se abalanzaban de nuevo a su costado.

Los lobos gruñían y se peleaban a mordiscos, salvajemente, y hundían profundamente sus colmillos en las entrañas palpitantes. «Van a devorarme... vivo», pensó, espantado.

Pero no experimentaba dolor alguno. Por el contrario, su cuerpo, helado, era absolutamente insensible.

Algo rozó sus mejillas levemente, como en una caricia.

¿Era la Muerte?

Abrió los ojos. Sintió el tenue aroma femenino y murmuró:

—Sheila...

—Soy yo, Cliff, amor mío —susurró ella, muy cercana. Y le arrojó su cálido aliento vivificante.

Se incorporó ayudado por la mujer. Un ramalazo intenso de dolor le recorrió el brazo izquierdo al intentar apoyar la mano sobre la nieve.

No había lobos. O mejor, sí: había uno, mil veces más peligroso que todas las alimañas del mundo.

Apoyada la espalda en la mole rocosa, Will Jackman les mantenía encañonados con el peligroso fusil ametrallador, mientras sostenía una botella de *whisky* en la mano izquierda.

—Ah, el soldadito vuelve a la vida —masculló torpemente, con voz estrepajosa.

Cliff se puso en pie, tambaleante.

Pero el fusil de Jackman se movió un poco.

—Quieto, soldadito, o te partiré el corazón de un balazo —gruñó el forajido, sin apartar el gollete de la botella de sus labios.

—¿Por qué no me has matado? —preguntó Valerian, muy ronca la voz.

Una risotada turbulenta acogió sus palabras.

—¿Por qué, preguntas? No lo sé... Quizá porque tendré que pasar la noche en estas soledades y tu presencia servirá para distraerme. Tú... eres un militar, ¿no? Los militares tenéis solución para todo, incluso en las situaciones... más extremas. Nos ayudarás a buscar un refugio donde pasar la noche.

—Estoy... malherido. Y Sheila necesita asistencia médica —respondió Valerian—. Creo que... deberíamos retroceder hasta la carretera y esperar ayuda de la policía.

Jackman volvió a reír lúgubrementemente.

—Es fácil, ¿verdad? Los policías se llevarían al indeseable Will y le harían pasar el resto de su vida en una de esas puercas prisiones donde ya pasé algún tiempo. ¿Eres imbécil? A mí no me importa morir, porque estoy condenado de antemano, pero vosotros... ¡A vosotros os aterra el final!

Valerian dio un paso hacia él.

—No me da miedo la muerte, la he visto a menudo cerca de...

Jackman bajó el cañón del fusil y disparó.

Cliff apenas sintió dolor cuando el proyectil perforó su muslo, pero perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre la nieve.

—No te acerques a mí, soldadito —advirtió Jackman, llevándose de nuevo la botella a los labios—. Ningún movimiento sospechoso o volveré a disparar.

—Eres una bestia... —susurró Valerian desde el suelo.

Sheila se inclinó sobre él, pero Jackman tiró de nuevo y el impacto elevó un surtidor de nieve entre ambos.

—Déjalo. Yo también estoy herido y nadie se ha preocupado de auxiliarme —exclamó. Apuró la botella y la arrojó contra las rocas. Los fragmentos de vidrio cayeron silenciosamente sobre la nieve.

—Arriba —ordenó Jackman—. Cargad con la maleta y esas bolsas y caminad delante de mí.

Sheila gemía desconsoladamente. Una gran mancha oscura manchaba la nieve bajo la pierna de Cliff Valerian.

—El... Cliff no puede andar —exclamó—. Déjame, al menos, que le ayude.

—No. Caminará por su propio pie o le abandonaré aquí con un

par de balas en el estómago —resolvió Jackman.

Era capaz de hacerlo, por lo cual Valerian se puso en pie con gran esfuerzo y cogió la bolsa que Sheila le tendía.

La pierna se le estaba quedando rígida y más que avanzar con ella la arrastraba sobre la nieve.

Tras ellos caminaba, imperturbable, Will Jackman.

Cliff jamás podría calcular cuánto tiempo caminaron a lo largo del valle antes de que Sheila gritase:

—¡Una cabaña! ¡¡Allí!!

Se detuvieron un instante, pero Jackman les empujó con el cañón del fusil.

—Perfectamente. Vayamos hacia allá —ordenó.

La cabaña —parecía un refugio de cazadores— estaba situada en la falda de la sierra, en el refugio natural formado por una oquedad de un tajo rocoso.

La puerta estaba firmemente cerrada, pero Jackman la franqueó en pocos minutos a culatazos.

Entraron.

Había un hogar, un par de literas, un armario metálico y algunos utensilios de cocina.

—No hay leña —gruñó Jackman—. Vamos, soldadito, tú te ocuparás de traerla.

—¡¡Will!! —gritó Sheila, exasperada—. El no está en condiciones de hacer nada.

—Obedecerá... para salvar el pellejo —rió Jackman, que parecía más animado—. ¿No es eso lo que aprendiste en el ejército, soldadito?

Valerian no dijo nada.

Abandonó la cabaña y Jackman le siguió.

Comenzó a recoger pequeños troncos y trató de cargarlos sobre el brazo izquierdo. A menudo, la madera rozaba su mano izquierda rota y Cliff gemía a punto de perder el sentido.

Cayó una vez y otra. Las ramas que había conseguido reunir se iban entre sus manos, pero Jackman le punzaba cruelmente en la espalda con el cañón del fusil, obligándole a alzarse, a continuar.

—Así, así, soldadito. Veo que estás bien adiestrado. ¡Adelante! Coge más leña.

Volvieron al fin. Valerian respiraba angustiosamente y tropezaba

a cada paso, pero al fin dejó caer su brazado de leña sobre el hogar.

Unos minutos después, la fogata iluminaba los rostros de las tres personas.

El de Will estaba completamente congestionado y tenso por la fiebre y la enorme cantidad de licor ingerido.

Sheila presentaba sus facciones deformadas por los golpes y un chorreón de sangre seca se destacaba en su fino cuello.

También Cliff tenía los cabellos manchados de sangre. Había sangre asimismo en su pantalón y su mano izquierda aparecía violácea, monstruosamente hinchada.

El fuego de la hoguera elevó pronto la temperatura en la cabaña, una construcción de reducidas dimensiones.

Jackman se levantó para tomar una de las bolsas de provisiones. Tropezó con la maleta y ésta se abrió. Los fajos de billetes rodaron por el suelo.

—¡Falsos! —murmuró—. ¡Bah...!

Abrió una lata de carne de fiambre y comenzó a comer groseramente sin molestarse en ofrecer a sus ocasionales «invitados».

Valerian no le prestaba ninguna atención. Jadeaba profundamente para recuperar la respiración y tenía relajados los músculos para recobrar las fuerzas.

La herida de la pierna sólo afectaba a los músculos, pero ahora comenzaba a doler de firme. Todo ello sin tener en cuenta su intensa conmoción cerebral, provocada por el culatazo de Will Jackman.

Al cabo, Cliff alzó los ojos y miró a Jackman con profunda curiosidad.

—No comprendo por qué asesinaste a mi padre, Will. El era un hombre bueno, amable, inofensivo... —pronunció con lentitud.

—¿Por qué? —Jackman seguía masticando ruidosamente, como un animal—. Digamos que tu viejo cometió el error de ponerse en mi camino. ¿Quieres saberlo todo? Lo sabrás.

La noche es muy larga, tendremos tiempo para todo. Escuchad...

Mudos de espanto, Sheila y Valerian escucharon la verdad de labios de Will Jackman.

Su larga historia de caídas, de vicios y de errores fue desgranada con voz ronca. No parecía sentir el menor pesar por su estela de

recientes crímenes. Para él, todo estaba justificado con su machacona frase:

—Antes que ellos, yo. Maté a Kreocopoulos porque estorbaba, como a tu padre. Me deshice de Mark y de Clive porque sospechaba que ellos intentarían matarme para quedarse con su parte. Y os mataré a vosotros para huir libremente al Canadá...

Valerian movió la cabeza, contristado.

—Y pensar que un día fuimos amigos, que compartimos unos centavos, que nos peleamos noblemente por una chica...

—¡Tonterías! —masculló Jackman—. Yo nunca fui tu amigo... excepto cuando me convino. Pero todo eso terminó. Canadá está a un paso. Supongo que sólo restan veinte o treinta millas hasta la frontera.

—Aunque sólo hubiera un paso de distancia. Tú no huyes de la policía, Will. Huyes de ti mismo. Te aterra tu falta de escrúpulos, tu instinto criminal... —adujo Valerian, mirándole con fijeza.

—¡No! —Gruñó Will, despreciativo—. Estoy de acuerdo conmigo mismo.

—Es mentira. Para ti, cada noche en solitario debe suponer una lenta agonía. Porque ves que te vas quedando solo, sin amigos, a solas con tu conciencia, con el recuerdo de tus crímenes...

—¡¡Cállate!! —gritó Jackman, descompuesto. Y elevó el cañón de su fusil.

Cliff no volvió a hablar, consciente de que Jackman sería capaz de asesinarle fríamente. Sheila permanecía en vela, derrengada sobre la pared de troncos, palidísima, con las bellas manos desolladas y los cabellos pegajosos de sangre.

Por un momento. Valerian volvió a experimentar como algo sólido aquel amago de desesperación, de fría y densa angustia que llegaba a ahogarle.

Will, lleno el estómago, descansaba al otro lado de la fogata. Luego eructó y se puso a vomitar.

El hedor de sus vómitos impregnó el ambiente dentro de la cabaña.

—Me... muero —gemía, entre acceso y acceso—. ¡Me muero!

Pero ni un solo instante abandonó el mortífero fusil ametrallador.

Sheila se incorporó.

No podía evitar sentir un poco de piedad por aquel hombre que había sido su esposo. No le amaba ya, porque Jackman se había encargado de matar aquel amor, pero se sentía compadecida, dispuesta todavía a ayudarlo.

—No te muevas —susurró Cliff—. Jackman sería capaz de ametrallarte, sin tener en cuenta tus buenos sentimientos.

Will les miró fugazmente, con una expresión lejana.

Y de nuevo tornó a vomitar con terribles arcadas.

Al cabo, se recostó sobre los troncos desmayadamente y cerró los ojos.

Pero su mano derecha, cubierta de costras sanguinolentas, seguía apretando la culata del fusil.

Cliff se aproximó unos centímetros a Sheila, sin dejar de vigilar a Jackman, el cual continuó inmóvil, respirando estertorosamente.

—Debe estar muy mal —susurró—. Las prendas que encontré en la carretera aparecían con enormes manchas de sangre. Parece una herida en el costado...

—Sí —respondió ella en el mismo tono de voz, sólo perceptible para Valerian—. Dijo que le habían herido en el costado, hace un par de días. Ha perdido muchísima sangre. Tal vez su herida se ha infectado, porque padece una fiebre constante, devoradora... —Bien. Creo que debemos intentarlo.

—¿Qué?

—Yo no podría huir. He perdido demasiada sangre y aunque la herida ha dejado de manar ya, me siento tan débil que sería incapaz de caminar un kilómetro. Pero tú...

—Tenso miedo, Cliff —gimió Sheila.

—Diablos, yo también, pero nada podemos perder con intentarlo. Deslízate cuánto puedas hacia la puerta. Will la ha destrozado, de modo que te bastará con tirar de ella y escapar. No corras en línea recta. Rodea la cabaña y deslízate entre los troncos de los pinos hasta que te encuentres a distancia suficiente —recomendó Valerian.

—¿Y tú? —preguntó Sheila, temblorosa.

—Estoy seguro de que Jackman no tardará en perder el conocimiento —mintió deliberadamente—. Ten en cuenta que se encuentra muy debilitado por la fiebre y por la pérdida de sangre.

—Pero...

—En cuanto esté seguro de que está fuera de combate, le desarmaré. Will es un loco, pero no se atreverá a moverse de ahí en cuanto tenga su fusil en mis manos —remachó Will.

Sheila se mordió los labios.

Parecía muy insegura e inquieta, pero finalmente se decidió.

—De acuerdo, Cliff. Haré lo que tú digas.

—Eres muy valiente —la animó Valerian.

Dirigió una mirada a Jackman, que permanecía inmóvil, respirando fragorosamente.

—Adelante —siseó—. Sepárate de mí, despacio. Bien. ¡Sigue...! No le detengas...

Sentada, apoyada sobre las palmas de las manos, Sheila se arrastró sobre los tablones del suelo.

Muy cerca de la puerta se detuvo, vacilante.

Valerian miró a Jackman e hizo un gesto perentorio con la mano derecha.

—¡Ahora!

Sheila se incorporó tan rápidamente como pudo y abrió la puerta.

En aquel momento, Jackman abrió los ojos y vio a la mujer junto a la puerta.

Alzó el fusil, al tiempo que murmuraba algo entre dientes.

Valerian comprendió que Sheila estaba en peligro de muerte. Por eso saltó hacia adelante y se interpuso en la dirección de tiro.

La detonación restalló, potente, dentro de la cabaña y Cliff se vio proyectado contra el muro frontero por la fuerza del impacto.

Cayó al suelo, gimió de dolor, con el pecho perforado por debajo de la clavícula y se revolcó de dolor sobre los tablones.

Jackman se puso en pie con gran dificultad y avanzó hacia la puerta, tambaleándose. Comenzó a disparar en seguida, locamente, sin apuntar. Cliff se arrastró en el suelo, aferró una de sus piernas y le derribó.

Inútilmente alargó la mano hacia el fusil, porque Jackman lo rechazó de un culatazo en pleno rostro.

Tragó una bocanada de sangre y tosió violentamente, a punto de ahogarse.

Pasaron unos minutos y Valerian oyó los secos taconazos de Jackman, que se derrumbó pesadamente junto al fuego, sin reparar

en los nauseabundos vómitos.

—¡La has... la has matado! —balbuceó, aterrado Cliff.

—No lo sé —respondió Will—. Estaba todo muy oscuro y disparé al azar. Pero no sufras demasiado, soldadito: si no la he alcanzado con mis disparos, los lobos se encargarán de ella.

Soltó una seca risotada.

Cliff se dejó caer, desalentado.

¡Los lobos...!

Ni Sheila ni Valerian habían reparado en que manadas de lobos hambrientos galopaban sobre las inmensas extensiones heladas.

CAPÍTULO XIII

El rescoldo, rojizo, brillaba en la oscuridad.

Cliff apenas divisaba la vaga sombra del corpulento Will Jackman.

¿Dormía o velaba?

Al cabo, Cliff comenzó a deslizarse precariamente sobre los gruesos tablones del piso. Había avanzado un par de metros y Jackman continuaba inmóvil, sin dar muestras de vida.

Siguió arrastrándose, aunque tan lentamente que su brazo derecho —el único hábil— apenas podía sostener el peso de su cuerpo.

De forma súbita e inesperada, Jackman dio una patada al rescoldo y las brasas se avivaron, iluminando más claramente la cabaña.

—Quédate ahí —advirtió Will—. No sigas adelante.

Valerian le miró con intensa fijeza.

—Mátame —pidió con voz ronca.

—Aún no —decidió Jackman. Aunque se sentía sorprendido de la reacción de Valerian, y preguntó—: ¿Por qué quieres morir?

—Si Sheila ha muerto, no me interesa seguir viviendo —respondió el oficial de «marines», que sentía la garganta seca, con sabor a sangre.

Jackman tardó en volver a hablar.

—¿Tanto la amas? —inquirió, luego.

—Sí. Sheila lo significa todo para mí...

Quedaron en silencio.

Cliff jadeaba por el esfuerzo realizado para llegar hasta allí; Jackman respiraba estertorosamente, como si se ahogara.

—Dime una cosa, Will —murmuró Valerian, después—. ¿Nunca has amado a nadie...?

—¡Seguro...! —Jackman intentó una carcajada, pero sólo le

salió un estertor del pecho—. Estoy enamorado de una persona: Will Jackman.

—¡No es posible! —respondió Cliff, sin aliento—. Hasta las fieras demuestran amor por los suyos, por sus hijos. Pero tú, que no eres capaz de experimentar el menor sentimiento por nadie, debes sentirte terriblemente solo.

—¡Cállate! —ordenó Will, brutal.

—¿Por qué he de callar? Me estoy desangrando por la herida del pecho... Antes de que amanezca, habré muerto, si antes no ocurriera un milagro. Pero tú también morirás, Will. Esa herida del costado debe estar infectada. Lo noto en tus constantes escalofríos, en la altísima fiebre que te devora. Es posible que se produzca en tu organismo la gangrena gaseosa. Decididamente, ni tú ni yo tenemos salvación.

—¡Vete al diablo! —rezongó Jackman—. Es posible que tú mueras, pero mi herida carece de importancia. Dejó de sangrar hace muchas horas. En Canadá me curarán. Tengo mucho dinero.

—Dinero falso. Tú engañaste a tus cómplices, como Kreocopoulos intentó engañaros a vosotros y el militar peruano os estafó a todos... pagándoos con dinero que sólo vale para prenderle fuego.

—¡Es dinero legítimo! —se exaltó Jackman—. Pero en seguida volvió a derrumbarse contra la pared de troncos.

—En cuanto a tu herida del costado..., no te hagas ilusiones. Vi la camisa que arrojaste fuera del coche: la herida está infectada, no cabe duda. ¿Por qué vomitaste poco después de devorar una lata de fiambre? Te encuentras mal, muy mal, Will. Vas a morir.

—¡Maldita sea tu alma, Cliff! —gritó Jackman—. ¿Pretendes que te haga callar de un balazo en el cuello?

—¿Por qué no disparas? —preguntó Valerian, sosteniéndole fijamente la mirada.

Jackman apoyó la cabeza en la pared de la cabaña.

—No quiero quedarme solo —confesó con voz ronca, profunda—. Temo a la soledad, a la oscuridad.

Valerian sacó fuerzas de flaqueza para aproximarse un poco al rescoldo de la fogata.

Y esta vez, Jackman no hizo nada por impedirselo.

—Creo que ése es tu terrible problema, Will: siempre has estado

solo, terriblemente solo contigo mismo. En definitiva, ni siquiera creo que seas tan malvado como pretendes.

—Maté a Kreocopoulos con mis manos, acribillé a balazos a Mark y a Clive, sin darles tiempo a defenderse; maté a... tu padre.

Cliff tragó saliva.

—Creí que te odiaba a muerte, Will. Ansiaba tenerte a mi alcance para vengarme, para matarte, pero ahora no lo haría, aunque me fuese fácil disparar contra ti.

—Me enterνες, soldadito —gruñó Jackman.

—Has matado, es cierto. No puedo disculpar tus crímenes de ninguna forma, pero creo que no eres tú el único culpable de esos delitos.

—¿Quién, si no? —preguntó Will, súbitamente interesado.

—Tus padres, la misma sociedad. Recuerdo que, en una ocasión, de niños, me defendiste cuando una pandilla de moalbetes, estaban dándome una tremenda paliza. Eran ocho o nueve y probablemente me hubieran rolo unas cuantas costillas, para quedarse con mi dólar. Tú llegaste, los ahuyentaste, y me llevaste hasta un estanque próximo para lavar mis rasguños.

—No seas sentimental, soldadito —barbotó Jackman, incómodo—. Si te salvé de aquel grupo fue... para que compartieras tu dinero conmigo.

—No mientas. Aquellos chicos podían haberte golpeado, aunque... es cierto que compartí mi dinero contigo, como otras veces. Creo que... fuiste un niño solitario. Tu madre abandonó el hogar, tu padre se dedicó a beber y a las apuestas y tú creciste solo y salvaje. Después, te endiosaste, te entregaste a la bebida y al vicio y perdiste la vergüenza. Más bien pienso que enloqueciste cuando tu aureola de héroe olímpico se desvaneció. Te sentiste vacío y te entregaste al crimen.

Jackman tardó en contestar, pero lo hizo al cabo con voz cada vez más insegura.

—Veo que tratas de ablandarme con toda esa verborrea. La verdad es...

—¿Qué?

—Yo también empiezo a recordar, ahora, aquellos tiempos de nuestra adolescencia. Y ¿sabes... sabes una cosa?

—Dilo —le animó Valerian.

—Me gustaría volver a ser un chico de trece o catorce años, ir al gimnasio, perseguir a las chicas, sentirme en paz.

—¿Lo ves? —exclamó Valerian—. En el fondo, abominas de todo cuanto de perverso has hecho hasta ahora, aunque trates de disimularlo.

El fuego se extinguía lentamente en el hogar.

Cliff mantenía la mano derecha oprimida sobre su herida del pecho, pero en el fondo no se hacía muchas ilusiones de sobrevivir.

—Will —susurró.

—¿Qué diablos quieres ahora? ¿Es que no vas a dejarme descansar? Me espera una buena caminata, al amanecer.

—¿Es que vas a dormirte? Piensa que podría arrebatarle el fusil...

Jackman se impacientó.

—¿Qué diablos me importa todo eso? Dijiste que no dispararías contra mí, aunque pudieras. Sólo quiero dormir, los párpados me pesan toneladas.

—Yo también me siento desvanecer. Es la Muerte, Will.

—¡Pamplinas...!

—Escucha, no quisiera morir sin decirte esto: te perdono, te perdono de corazón —declaró Valerian.

—Me perdonas..., ¿por qué?

—Por haber matado a mi padre, por el daño que les has hecho a Sheila y a sus padres, por los dos balazos que me has metido en el cuerpo.

Jackman tenía los ojos cerrados y respiraba ya con evidente dificultad.

—De acuerdo —murmuró torpemente—. Acepto tu perdón... si ello te hace feliz.

Cliff se dejó caer boca arriba sobre el suelo y no volvió a abrir los labios.

Tampoco Will Jackman volvió a hablar.

Su pecho se hinchaba en estertorosos jadeos y su rostro barbudo estaba bañado en sudor.

Un lobo aulló en la lejanía. Y a su aullido respondió otro. Y otro...

CAPÍTULO XIV

Por el ventanuco penetraba una tenue claridad grisácea.

Poco a poco, la claridad se fue haciendo más intensa.

Will Jackman se removió en el suelo y entreabrió pesadamente los párpados.

Se levantó con un tremendo esfuerzo y se tambaleó a punto de caer, por lo que tuvo que apoyarse en el muro.

Miró a su alrededor y vio a Cliff Valerian, que yacía boca arriba, a dos pasos de las cenizas del hogar.

Jackman se movió pesadamente y tomó en su despellejada mano izquierda la maleta con el dinero y los cargadores del fusil.

Luego cogió el arma y golpeó con la puntera de su bota a Valerian.

—¿Estás vivo?

Cliff se removió en el suelo y un gemido estrangulado surgió de sus labios.

Abrió los ojos y vio a Jackman, que parecía más alto y corpulento desde aquella panorámica.

—Creo... creo que aún aliento —respondió Valerian con un hilo de voz apenas perceptible.

—Ponte en pie. Voy a matarte —anunció Jackman.

—No puedo moverme. Mátame aquí mismo —respondió el caído.

Se sentía débil, mareado, al borde de la inconsciencia. Pero incluso en tan crítico estado, volvió a sentir una intensa angustia cuando los fríos ojos de Will Jackman le taladraron.

El cañón del rifle apuntó a su frente, muy próximo.

Y luego, de repente, Jackman barbotó algo entre dientes, se arrastró hacia la puerta y desapareció.

Transcurrieron cinco, diez minutos.

Cliff se dijo a sí mismo que debía abandonar la cabaña, intentar

buscar ayuda desesperadamente.

Pero no podía moverse.

¿Cómo iba a hacerlo con los dedos de la mano izquierda fracturados y dos heridas en pierna y pecho...?

En el valle retumbaron dos estampidos que fueron repetidos por el eco hasta apagarse.

Luego sonó el

«run-run»

de un motor.

Dos hombres penetraron en la cabaña y se inclinaron sobre Valerian. Uno de ellos era el teniente McLean.

—Está vivo —dijo el otro recién llegado.

—¡Vamos, entren! —llamó McLean, desde la puerta.

Cliff se sintió elevado del suelo y transportado en una camilla. El viento helado rozó su rostro febril.

—¿Sheila?! —gimió, incorporándose bruscamente sobre la camilla.

—Tranquilícese, se encuentra a poca distancia de aquí, en un vehículo de la policía —respondió McLean.

—¿Y... y Jackman?

—Está allá arriba, en la montaña. Pero no podrá escapar: mis hombres le han cortado la retirada y Jackman corre hacia un talud de más de trescientos metros de profundidad.

A doscientos metros de la cabaña, oculto entre los pinos, se encontraba un vehículo sobre ligeras orugas, de los empleados en la preparación de pistas para el esquí.

Los hombres que portaban la camilla se detuvieron junto al vehículo, al escuchar las fragorosas detonaciones que provenían del macizo montañoso que ascendía, abrupto, desde la cabaña.

Cliff divisó tres figuras, diminutas como moscas, que disparaban entre las rocas sobre alguien que debía esconderse tras los picachos del escalofriante talud pétreo que caía en línea casi vertical sobre el valle.

—Es Jackman —susurró McLean—. Tendrá que entregarse en cuanto termine sus municiones o... morir.

Los dos policías se disponían a introducirle en el vehículo a orugas, cuando Valerian alzó su mano derecha.

—Por... por favor, un momento todavía.

McLean puso en su mano unos prismáticos; y Cliff miró a través de ellos con gran ansiedad.

Vio cómo Will Jackman se ponía en pie y corría locamente hacia el talud, volviéndose de cuando en cuando a disparar su fusil ametrallador.

Con la mano izquierda apretaba amorosamente la maleta con el dinero contra su pecho.

Luego... Will encontró el vacío bajo sus pies y se despeñó sobre la profunda hondonada.

La maleta se abrió en el aire y una nube de falsos billetes de cien dólares revoloteó unos instantes.

McLean se inclinó sobre él para tomar los prismáticos y advirtió que Cliff Valerian había perdido el conocimiento.

Unos labios húmedos y frescos rozaron los suyos y un aroma fragante, netamente femenino, embriagó su olfato.

—Sheila —susurró Cliff.

Era ella, que le contemplaba amorosamente y le rezaba la mejilla con las yemas de los dedos en una caricia leve.

—¿Cómo sabía que era yo... si tenías los ojos cerrados? —exclamó ella, intrigada.

—Te reconocería entre mil, aunque estuviéramos en tinieblas —respondió él, elevando un tanto la cabeza para recibir una segunda y apasionada caricia de los labios de Sheila.

Valerian se recreó en la contemplación del estilizado cuerpo femenino, enfundado en un elegante conjunto, compuesto por un pantalón color crema, chaqueta de ante muy bien cortada.

—Quisiera abrazarte... para asegurarme que ambos estamos vivos y de que podemos amarnos intensamente —dijo él.

—Y, ¿por qué no lo haces? —respondió ella con una pizca de coquetería.

Cliff elevó su mano izquierda enyesada.

—¿Crees que podría acariciar tu cuerpo con mi mano? —bromeó. Y añadió—: La verdad es que Curbett me ha recomendado que no me mueva hasta que no cicatrice mi herida del pecho.

—Bueno, eso tiene solución —sonrió Sheila.

Y se inclinó sobre él, le ciñó el cuello y depositó una infinidad de leves besos sobre sus cabellos.

Se separaron rápidamente cuando una enfermera penetró en la

habitación para ordenar el lecho.

Luego la joven salió y les dejó solos de nuevo.

—Quiero que lo sepas, Sheila —dijo Valerian, con acento grave—. Will pudo matarme y... no lo hizo.

Unas lágrimas brillaron en los tiernos ojos de Sheila London.

—Me gusta oírte decir eso, Cliff. ¿Qué ocurrió en la cabaña desde el momento en que conseguí escapar? —quiso saber ella. Valerian se lo contó, con voz emocionada.

—Era un criminal —terminó—, no voy a disculparle. Pero no puedo olvidar que tuvo una infancia triste y una adolescencia en solitario y en el mayor desamparo. Algo quedaba en él de humanidad cuando pudo asesinarme y... renunció a ello en el último instante.

Alguien golpeó discretamente en la puerta y dos personas penetraron en la habitación.

Eran James y Lucille London.

—Al fin, juntos de nuevo, hijo —dijo el señor London, manteniendo entre las suyas las manos de Cliff Valerian.

«Hijo», acababa de decir el padre de Sheila. Y Cliff sintió inundado su corazón en una cálida oleada de afecto.

Lucille y Sheila se pusieron a charlar animadamente acerca de la nueva casa que la compañía iba a construirles, en un lugar apartado de los ruidos.

Las mujeres hacían planes respecto a la residencia. James London preguntó a Cliff:

—¿Qué piensas hacer, hijo? Si volvieras a tu unidad de las Hawaii, ella sería muy desgraciada...

Parecía tan preocupado, que Valerian se atrevió a decir, para devolverle el ánimo.

—Volveré a Hawaii, naturalmente, pero sólo cuando termine mis vacaciones. Creo que pediré la excedencia.

—¿Cree que alguien se atrevería a dar un empleo a un ingeniero con poca experiencia...? —preguntó.

La sonrisa se hizo amplia en el rostro de James London.

Cliff se quedó serio: acababa de recordar al viejo y afable Jonathan Valerian, que reposaba en el cementerio de Minneapolis.

Como si pudiera adivinar sus pensamientos, London afirmó:

—Perdiste un padre, Cliff, pero has ganado dos... ¿Crees que

podremos servirte de algo?

Cliff asintió en silencio.

Ya estaba lejana la intensa angustia que le había atormentado durante los últimos días.

Ahora se sentía inundado por una dulce felicidad.

FIN

UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODOS LOS CORAZONES FEMENINOS!

¡LORENA!



LA DESGARRADORA HISTORIA DE UNA POBRE HUÉRFANA, A QUIEN TODOS QUERÍAN CONVERTIR EN UNA MALA MUJER!

¡EL PRIMER SERIAL DE

Corin Tellado,

LA AUTORA MÁS LEÍDA DEL MUNDO, EN APASIONANTES EPISODIOS SEMANALES! ESCÚCHELA DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS REM - CAR Y CES. ¡TODA ESPAÑA PENDIENTE DE LORENA! UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

[1] «Gota-a-gota», en inglés. < <